



Voces nativas de América en Buenos Aires

Relatos en quichua santiagueño,
guaraní avañeê y quechua cochabambino

Vitu Barraza | Darío Juárez | Sonia Alcócer
Verónica Gómez (traductora guaraní avañeê)



Voces nativas de América en Buenos Aires

La colección Etnodiscursividades es un proyecto generado desde la Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes y posibilitado gracias al apoyo de las siguientes organizaciones:



Research
England



Etnodiscursividades
LENGUAS ORIGINARIAS

Voces nativas de América en Buenos Aires

Vitu Barraza | quichua santiagueño

Darío Juárez | guaraní avañe'ê

Sonia Alcócer | quechua cochabambino

Verónica Gómez | traductora guaraní avañe'ê



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decano Américo Cristófalo	Secretario de Investigación Cecilia Pérez de Micou	Consejo Editor Virginia Manzano Flora Hilert Marcelo Topuzian María Marta García Negroni Fernando Rodríguez Gustavo Daujotas Hernán Inverso Raúl Illescas Matías Verdecchia Jimena Pautasso Grisel Azcuy Silvia Gattafoni Rosa Gómez Rosa Graciela Palmas Sergio Castelo Ayelén Suárez
Vicedecano Ricardo Manetti	Secretario de Posgrado Alberto Damiani	Directora de imprenta Rosa Gómez
Secretario General Jorge Gugliotta	Subsecretaria de Bibliotecas María Rosa Mostaccio	
Secretaria Académica Sofía Thisted	Subsecretario de Transferencia y Desarrollo Alejandro Valitutti	
Secretaria de Hacienda y Administración Marcela Lamelza	Subsecretaria de Relaciones Institucionales e Internacionales Silvana Campanini	
Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil Ivanna Petz	Subsecretario de Publicaciones Matías Cordo	

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Colección *Etnodiscursividades*

Dirección de la colección: Gabriel Torem
Diseño de tapa e ilustraciones: Melina Belén Agostini
Diseño de interior y maquetación: Julieta Golluscio
Corrección: Liliana Cometta

ISBN 978-987-8927-09-1
© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y AATI 2022

Subsecretaria de Publicaciones
Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina
Tel.: 5287-2732 - info.publicaciones@filo.uba.ar
www.filo.uba.ar

Barraza, Vitu
Voces nativas de América en Buenos Aires / Vitu Barraza;
Darío Juárez; Sonia Alcócer. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2022.
136 p.; 20 x 14 cm. - (Etnodiscursividades / Gabriel Torem)

Traducción de: Verónica Gómez.
ISBN 978-987-8927-09-1

1. Lenguas Originarias. 2. Lenguas Originarias Argentinas.
3. Traducción. I. Juárez, Darío. II. Alcócer, Sonia. III. Gómez, Verónica, trad. IV. Título.
CDD 498

ÍNDICE

Prólogo	7
Introducción	11
VITU BARRAZA	13
quichua santiagueño	
Mayupi pujllanaykuna Nuestra diversión en el río	14
Wackaychaj yuyuchejicitu Pastorcito guardián	20
Atoj pujllaku El zorro jugueteón	24
Doña Isidrapa atashpan La gallina de doña Isidra	28
Moto Ckoshckelu El moto platudo	34
DARÍO JUÁREZ y VERÓNICA GÓMEZ (traductora)	41
guaraní avañe'ê	
Amóngoty Del otro lado	42
Chíru El Chiru	50
Ysyry jára El jara del río	58
Kururu El kururu	70
Mitákuña'i oñe'êkuaáva guyrakuérandie La niña que hablaba con los pájaros	78
SONIA ALCO CER	93
quechua cochabambino	
Juanitap wawan Juanita y su bebé	94
Onqokuna Enfermedades	102
San Antonioqpata maman La mamá de San Antonio	108
Pampaku El pampaku	116
Lucía chayan Huanunikama Lucía llega a Huanuni	120

Prólogo

En general, cuando buscamos información, mapas o datos sobre lenguas indígenas de la región, encontramos referencias a las existentes a nivel nacional. Así, veremos que las provincias del noreste argentino, como Misiones, Formosa, Chaco y este de Salta resultan el área de mayor diversidad lingüística del país. También encontraremos el caso de algunas provincias con alto grado de bilingüismo en lengua indígena, como es el caso del quichua en Santiago del Estero o el guaraní en Corrientes. Mientras que en la región patagónica hallaremos mención al mapudungún, por ejemplo, así como a muchas otras lenguas que se encuentran, lamentablemente, casi en desuso.

Sin embargo, resultará más difícil familiarizarse con la gran diversidad lingüística de las grandes ciudades del país. Para la “gran” ciudad del país, es decir, la Ciudad de Buenos Aires y alrededores, será más desafiante encontrar datos estadísticos o mapas sobre su diversidad lingüística. Esto es porque, en general, es imaginada como producto de diferentes políticas homogeneizadoras de la diversidad que se implementaron a lo largo de la historia, como un enorme paisaje monolingüe castellano (en especial, el castellano rioplatense o porteño). Muy por el contrario, Buenos Aires es en realidad una de las ciudades más cosmopolitas del mundo y, por lo tanto, plurilingüe. No solo encontraremos idiomas indígenas incorporados por migración de personas desde las provincias del interior o países cercanos, sino también lenguas provenientes de otros continentes.

Esta coexistencia de diversidades hace de la ciudad de Buenos Aires un espacio social intercultural, que está muy lejos de la idea de “convivencia” o “crisol”. Por el contrario, se trata de un espacio atravesado por el conflicto, la desigualdad y las relaciones de poder. Así, dentro de la ciudad circulan lenguas diferentes, porque muchas personas las ponen en uso diariamente en contextos familiares e intracomunitarios, incluso, en muchas aulas y recreos de escuelas metropolitanas. Sin embargo, estas lenguas difícilmente formen parte del paisaje lingüístico público de la urbe.

En el espacio de la ciudad, en los materiales escritos que circulan en ella, ya sea en las calles, las instituciones, los establecimientos educativos, los organismos públicos, las publicidades o, incluso, los libros que se editan aquí, existe un marcado monopolio del castellano. En otras palabras, la práctica visible de la lengua es monolingüe, casi en su totalidad. Así, el uso de la lengua, junto con otros factores, será aquello sobre lo que se construye el espacio público y, por lo tanto, determinará la relación entre los bienes, los saberes y las personas que en ella viven.

La construcción de un espacio sobre una única lengua será entonces un espacio monolítico que concentra la idea de lo legítimo y lo prestigioso en el grupo que es hablante de esa lengua. Por lo tanto todo intento de diversificar las prácticas lingüísticas visibles debe ser considerado una conquista, un valor en sí mismo y una forma de romper con la imagen monolingüe, como primer paso para empezar a percibir más asiduamente lo que consideramos excepciones y entenderlas como una regularidad fundante de nuestra comunidad.

Esto creemos que constituye el presente material de la colección “Etnodiscursividades”, nos referimos al volumen *Voces nativas de América en Buenos Aires*, escrito por Sonia Alcócer, Vitu Barraza, Darío Juárez y Verónica Gómez (trad.), gracias al impulso de la Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes. Este trabajo resulta una importante contribución a la visibilización, el acceso y la circulación de textos en guaraní, quichua santiagueño y quechua cochabambino en el paisaje lingüístico porteño. Resulta en sí mismo representativo de una porción de la diversidad que caracteriza a la ciudad y muestra la perseverancia de las prácticas en lenguas indígenas, gracias a aquellos hablantes e instituciones que apuestan por un paisaje lingüístico más plural.

En este sentido, este logro que, a nuestro entender, constituye el presente material, se alinea con los objetivos que fundan y guían la labor del Laboratorio de Idiomas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Enseñar lenguas es, desde nuestra perspectiva, una forma de garantizar la construcción de una ciudadanía plural en el contexto de sociedades muy diversas. Es por ello que como centro de idiomas universitario ofrecemos la enseñanza de lenguas tanto centrales como minorizadas, atendiendo a los diferentes escenarios de su uso. Las lenguas originarias encuentran de este modo espacios de circulación que habilitan nuevos escenarios de participación y construcción de una sociedad más diversa cultural y lingüísticamente.

El estudio de una lengua no solo constituye la adquisición de nuevas estructuras, sino que nos introduce en la comprensión de la cosmovisión de sus hablantes. El acercamiento a lenguas

originarias, como el quichua, el quechua y el guaraní, nos permite figurarnos cómo entendían nuestros antepasados el territorio que hoy habitan varias naciones latinoamericanas, al tiempo que nos permite conocer en profundidad ese gran saber acumulado. Es por ello que materiales en estas lenguas aportan nuevas posibilidades a quienes ejercemos su enseñanza, y a su vez habilitan otros caminos de aprendizaje para quienes se interesan en ellas.

La formación en lenguas en el nivel universitario así como las publicaciones que surgen desde sus proyectos editoriales, deben contribuir a la formación en la diversidad de sus propios/as estudiantes y a garantizar el acceso de diferentes repertorios lingüísticos y culturales a la comunidad en general.

Celebramos la publicación del volumen *Voces nativas de América en Buenos Aires* y esperamos que a ella la sigan numerosas publicaciones similares.

Mayra Juanatey

Asistente de desarrollo académico/Docente de quichua

Josefina Navarro

Docente de quichua

Thomas Valenzuela

Docente de guaraní

Ana Brown

Subsecretaría de Asuntos Académicos, Laboratorio de Idiomas,
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Introducción

Como juego dialéctico, para graficar la importancia de la traducción, suele usarse la hipótesis extrema de que sin traducción no conoceríamos siquiera lo más básico de otras culturas. Tal ha sido el silenciamiento aplicado sobre las culturas y las poblaciones originarias que, al referirnos a ellas, este postulado se aleja del absurdo y cobra realismo. Solo conocemos a través de antologías y glosas de segunda y tercera mano algunos pocos relatos míticos de ciertas culturas originarias. Nuestra cultura eurocentrista ignora mucho sobre los saberes indígenas en general y son muy pocas las personas que apenas conocen la existencia de pueblos como los gүнүн a күна.

La etnografía en colaboración se ha puesto la meta de dar voz a los que otrora eran tratados como meros informantes, con lo cual se comenzó a comprender que el verdadero protagonista no es el lingüista sino el hablante, su voz y su pueblo. Otro tanto han avanzado los estudios de traducción, al dejar de lado axiomas como el de la invisibilidad del traductor y ponderar el valor de la traducción como un albergue de lo lejano.

La colección “Etnodiscursividades” se propone un doble objetivo: por un lado, dar un canal para que los hablantes de lenguas originarias puedan hacer oír su voz; por el otro, hacer circular esas voces, esas culturas, en el amplio espacio de la lengua española.

Mucho se ha escrito sobre la traducción como herramienta para la circulación de saberes. En general, estos flujos se piensan desde el Norte Global hacia el Sur Global. La Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes, en colaboración con un conjunto de editoriales universitarias argentinas, gracias al apoyo de la Universidad de East Anglia, propone una nueva mirada sobre la traducción como mediación cultural, una que esta vez invierta el camino, abriendo la circulación de saberes a partir de nuestras raíces americanas, de nuestras lenguas.

En este volumen, la Secretaría de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y AATI Ediciones nos traen *Voces nativas de América en Buenos Aires*, una antología plurilingüe de relatos en quechua cochabambino, quichua santiagueño y guaraní, todos con sus respectivas traducciones al español. Mezclando relatos urbanos, cuentos tradicionales, ficciones históricas y fábulas, l@s autor@s y traductor@s añaden inéditas paletas de colores a la policromía lingüística de la ciudad.

Gabriel Torem

Director de la Colección Etnosdiscursividades,
Coordinador de la Comisión de Traducción
de Lenguas Originarias de la AATI

VITU BARRAZA
quichua santiagueño

Mayupi pujllanaykuna

| Nuestra diversión en el río

Vitu Barraza



Tiaj cara yacka wasiyku chackallapi: suj remanso ancha sumaj, sirina mishqui mayupi. Ashca tackos machukuna pacaj caranku, astawan samajyachis. Tukuy changuitos y sipitapas rej carayku chisianaspi, rupay pachapi, armacoj; tucuy ucun llatanillas, atuchajkunapas, punchau llallinancama. Mana ni uchayniojmi caj cara ckayllay turaycka primuy, Amado Barraza.

Cha remansupi, tiaj cara suj wayramuyu yakupi, suni, maypichuscama. Samayta arcachis, wachiina chockacoj carayku wayramuyu urin, puchucananta mascapus, cutiskama llockas pulmoneniyku na tojeanaas. Ckari huas tukuy saticoj carayku, mana manchakus. Sipasta mana munaj karayku chayta ruanankunata. Mana casuasniyku chockacoj karanku, ija ja!

Atuchajkunaykó nej caranku cha pujllanaykunapisi ckaaj casa cara Mayup Mamanta. "Suj yayapa", suj warmiyna, astaanmanta sumaj casa cara. Chayta nej caranku ckaajkunacka. Mayu Mamancka ckaristasi ñujñapucuj casa cara, waquin cutis pusakus payan. Chayna uyarichiaj caranku huahualla captiyku... Sachamanta yuyanas.

Yuyani, cha remansupi tukuy laya challuas purej caranku, ayllasckasina; atuchakuna, ututitaj, murukuna layas. Masi pujllanas ina caj caranku. iNataj anchami sonckoy cusikun, yuyanas amuptinkunancka ukuyta chapreaj, unay pacha inata!

Solía estar casi en dirección a nuestra casa: un remanso muy bello en el lecho del río Dulce. Muchos árboles antiguos lo escondían embelleciéndolo aun más. Todos los chicos y chicas preadolescentes solíamos ir en las tardecitas, en tiempo de verano, a bañarnos; todos con el cuerpo desnudo, incluso los grandes, hasta que concluyera el día. Recuerdo a mi primo Amado Barraza: no sabía de culpas ni pecado, ja ja.

En ese remanso había un remolino profundo, largo, no sé hasta dónde. Atajando la respiración, como flecha nos arrojábamos, buscando una y otra vez el final del remolino, subiendo con los pulmones a punto de estallar. Todos los niños varones nos solíamos meter sin tener miedo. No queríamos que las chicas hicieran eso, pero, sin hacernos caso, ellas se sabían tirar, ja ja.

Nuestros mayores solían decir que ahí donde nosotros jugábamos sí solían verla a la madre del río. Como una mujer, pero más bella, decían que era los que la vieron. La madre del río, “una deidad”. Dicen que a los hombres les presumía, algunas veces incluso llevándolos con ella. Así nos relataban cuando aún éramos niños... Recuerdos del monte.

Recuerdo que en ese remanso toda clase de peces solían andar, como elegidos: grandotes, pequeños, de todos los colores. Eran como nuestros compañeros de juego. ¡Pucha que alegra mucho a mi corazón cuando vienen los recuerdos a sacudir mi interior, como en tiempos pasados...!

Mana atini kconckayta: suj pillku ckaparej cara. Sutencka: mayu untachej. Pay ckaparisckanan, willajniykoj cara mayu untaj risckanta, y na tuku ima cuyurej ckemicoj cara yakuta mascas.

Nisuyquish: ñan yaycunapaj mana ni ima mapaspi tianchu; yachayquish. Pujllananykuna mayupi... iay! Pachakunata, atispa, voliacunanta munayman!

No puedo olvidar un pájaro que solía gritar su nombre: “el que llena” o “llenador del río”; él con su grito nos solía anunciar que el río se llenaría, y todo ser viviente se acercaba buscando el agua.

Les digo algo: el camino para entrar, sepan, no existe en ningún mapa... Nuestro juego o diversión en el río... ¡ay! Si pudiera hacer retornar el tiempo aquel...

Wackaychaj yuyuchejcitú

Vitu Barraza

Yuyashcani maman huachaptencka pichca ascketusta.
Huauckesninmantá, pay astawan atitun cara, yuraj y maquisnin
atuchaj. Ckaas, súj tiuy nera: “Ashcko atun cancka, súmaj
yuyuchejpaj”.

Chayna, cháyrá mana ni allita ñawisnintá quichariptin, ná cabraspata
corralman pusarayku, yachakus rinanjaj mósoj ayllusninan:
cabraswan. Húamaj punchauskunapi, chaupi sájrát ckaaj karanku;
huaquin huajreanaas. Nátaj utulita captin, cutis cuyaj karanku, mana
mackas.

Chayna utulawan wiñas ris corralapi micój cara. Paycka nej carataj,
á, cabritillus huauckesnin casckancunata, imajcka asckoswan
ima, mana ckawanacoj kara ni imaraykupas. Chayna, suj punchau,
ckaaptiycó cabritusan pujllas, cusikoj kara: topetiaptinkuna, ataris
ckatitój cara, canikus ima cabritillusta.

“Puyu” churaporayku sutintacka, sumaj yuraj captin. Sapa
tutamantaspi, wackas cutej cara, cabраста wijchuptiyku ris
sachanman mikunancunapaj, ina utulalla captin sachapi purinanpaj.
Corralapi pollitusan, pavusan, ima pujllaj cara.

Wiñaspalla ris, punchaus llallej caranku. Ckonckayllamanta, na runa
ashcko cas, cabraswan rera sachaman purej.

Pastorcito guardián

Vitu Barraza

Estoy recordando cuando parió su madre cinco perritos; de sus hermanos él era el más grandecito. Era blanco y de manos grandes. Observándolo, uno de mis tíos dijo: “Va a ser un perro grande, lindo para pastor”.

Y así, no bien abrió los ojos, lo llevamos al corral de las cabras, para que se fuera acostumbrando con su nueva familia: las cabras. Los primeros días lo veían medio fiero; algunas hacían por topetearlo, pero al verlo tan chiquito, le tenían lástima y no le pegaban.

Y así de a poco iba creciendo y en el corral mismo solía comer. Él sabría decir que los cabritillos eran sus hermanos, porque él con los perros no se sabía ver por ningún motivo. Y así un día cuando lo vimos jugando con los cabritos, notamos que se alegraba; cuando lo topeteaban se levantaba y los corría, mordisqueando a los cabritillos.

Le pusimos “Puyu” (Nube) como nombre, porque era blanco y lindo. Todas las mañanas quedaba llorando, cuando despedíamos a las cabras para que yendo comieran en el monte, porque él todavía era muy chico para andar en el monte. En el corral nomas solía jugar con los pollitos, los pavos.

Así, mientras iba creciendo pasaban los días. Y repentinamente ya siendo un perro joven, se marchó con las cabras a andar por el monte.

Chaymantacka —willayquichis— na atunpi, tarerayku chaka mayu Machu rajpi, y nerayku: “Acuychis ckaaj imatachus inan súj cabrata ckechuptiycó”. Mana sackearayku ni ckemicuyta. Suj muyut ruapucus cabrasnita, caruman pusacora michaasniyku. Mana chamcapuycuman ni sujta.

Ancha ashcko sumaj y pacacudor cara Puyocka. Suj punchau, cabra Ckomer Ñawi huachas cutisa cara, sachapi, quimsa cabritillusta. Atojkuna chayllapi ckechunaasa karanku wawitasninta. ilmat atenckanku! Puyu tuckuy atojkunata ckaticusa cara, tukuy cabrasta cutichicus chayllapi, nockayku tarinaykukama.

Huaquin cutis, mayuman pusacoj cara yacuta upiaj, y paycka armacoj cara ima. Chaquiscka pacha captencka, utcu yacuman ckemicoj cara cabrasninan, yacuta mascas, wishiptiyku cha illi sumajta, canoapi tallis.

Chaynami caj cara Puyocka: ashko unanchaj, sumaj yoyuchejpas. Paycka manam ni pitapaswan saticojkara. Ayllusnin y yanasusnin caranku cabrasninlla.

ilna mana conckasuni ashckoy munascka! ¿Ima sachapichus purej canqui majaditayquian?

Tiempo después —les cuento—, ya en grande, lo encontramos allá cercano al río Viejo, y dijimos: “Vamos a ver que hace si le quitamos una cabra”. No nos dejó ni acercarnos. Haciéndoles un círculo a sus cabras, las llevó lejos, mezquinándonos para que no le tocáramos ni siquiera una.

Muy lindo perro y guardián era Puyu. Un día la cabra Ojos Verdes se había quedado pariendo en el monte tres cabritillos. Ahí mismo, los zorros le querían quitar sus hijitos. ¡Qué iban a poder! Nube a todos los zorros los había echado de allí, haciendo quedar a todas las cabras allí mismo, hasta que nosotros las encontrásemos.

Algunas veces solía llevarlas al río a beber agua y él aprovechaba para bañarse. En tiempos de sequía se arrimaba al pozo de agua con sus cabras en busca de agua, cuando extraíamos el líquido precioso echando en la canoa.

Así sabía ser Puyu, un perro entendido, bello y guardián. Él no solía meterse con nadie. Su familia y sus amigos eran solo sus cabras.

¡Todavía no te olvido, mi perro querido! ¿Por qué monte andarás con tu majadita?

Atoj pujllaku

Vitu Barraza

Suj punchau rerayku don Ñiku Rodriguez wasin ckayllaman. Can chà rajpecka yacka tutayascka, sachá tupiyasckanrayku. Mana pipas purin chaytacka.

Mayumanta armacus, amushcarayku alli soncko, asis, imatallatapas rímas. Ckonckayllamanta, ashckos ckatis sorckoranku... ¿Imatachus? Suj puma pichón casa cara. Ashca ashckos catiptinkuna, paycka –pumacka– suj tacko atunpi llockasacara. Nockaykó mana wanchinaas, utulalla captin, añakus ashckosta anchuchicorayku. Pumata anajpi sakes, rerayku ñaniykuta. Mana ashca purisckaykupí, rikurin suj pampa atun; unayllamanta na rajsej cayku pampa don Ñicupaynata.

Nej riyquichis: atojkunacka canku ancha pujllalus: ashckochasunku, ckaparis pacacuscama, cutis ricuris ckampa ñauckepi... Chayna munasckancunacama...

Cha pampa niyquishpi ckallariskampi, ashckos tarinku suj atojtá. Pay sachata mascan. Nataj, ashckoscka mana sackenku y chá tukuy pampata llallinan tian mana munashcas. Asckoscka neranku: “Tanta mikuscka cá atojcka nockaykupaj”.

Ckonckayllamanta ckatispa riptinkuna, atoj chupanta punquichis, cayman chackayman chockapucuj cara, ashcosta errachicus caninata. Suj ñawi lipimpi, mana ricurera, ashpa mishpusckaynata... Hm... ¿Mayman rin?

El zorro juguetón

Vitu Barraza

Un día, hemos ido a las cercanías de la casa de don Ñicu Rodríguez. Es muy montaraz, selvático casi oscurecido por ahí, por la frondosa vegetación. Nadie transita por allí.

Habiéndonos bañado en el río, estábamos viniendo, o regresando, con el corazón contento, riéndonos, hablando de cualquier cosa. De repente, los perros sacaron corriendo a... ¿que será? Había sido un puma cachorro. Como lo corrían muchos perros, el puma se había trepado a un árbol grande. Nosotros, por no matarlo (porque era aún pequeño), retándolos a los perros, dejándolo al puma arriba en el árbol, nos fuimos por nuestro camino. En nuestro andar, que no era mucho de ahí, aparece una pampa grande que desde hace mucho tiempo ya sabemos conocer como la pampa de don Ñicu.

Les diré: los zorros son muy juguetones: te hacen burla, gritando, escondiéndose y otra vez apareciendo adelante tuyo... Así hasta cuando quieran.

En el comienzo de esa pampa que les digo, los perros encuentran a un zorro. Él busca el monte, pero los perros no lo dejan, y toda esa pampa tiene que atravesar sin querer hacerlo. Los perros habrán dicho: “Este zorro es pan comido para nosotros, ja ja”.

De repente mientras lo iban corriendo, el zorro hinchaba, agrandaba su cola, tirándoles de aquí para allá; les hacía errar el mordiscón a los perros. En un palpitar de ojos, desapareció como si lo tragara la tierra. Hm... ¿adónde se ha ido?

Ashckos lojloyanaanku. Wackas, mascas, wayracachas, mutquej caranku sarunasninta... ¿Imat ruakun atojcka?

Suj pampa pichascka mana imasnioj; sujlla tacko ramasnin tampa tían pampa chaupinpi. Na saykus mascascakycunamanta, na rishcarayku, mana taris. Ckepanpi Mishocka, ashcketu utula, ris cha tackopa sapinpi, anajman ckaas callarera toriayta. Ckaapticó, chá anajpi, llockas, sirisacara atojcka, ckawaasniyku upallitas anajmanta.

Hermenegildo Bazán nin:

—Apini escopetata. Atini urmachiyta suj chunbuan.

—iSuyay! —nockayku yanasus niporayku—. Mana allí cancka.

Ancha chulla casckanta pujllanacka.

—Nockayku cayku ashaca y chunca ashckosnioj. Escopetata apiyku y pay, atojcka, sapallitan can, mana imayojpas. Honornioj canaychis tian.

Chaina nis, asckosta anchucherayku, y rerayku, atojta sakes chay maypi llockas pacacusckapi.

Los perros quieren enloquecer. Llorando, buscando, corriendo, olfateaban las pisadas o rastros. ¿Dónde se ha ido el zorro?

Una pampa barrida, limpia. Sin nada. Un solo árbol con ramas tupidas está justo en medio de esa pampa. Ya cansados de lo que buscamos, nos estábamos yendo. Pero, al final, Mishocka, un perrito petiso, chico, yendo al pie de ese árbol, viendo hacia arriba, comenzó a ladrar. Cuando observamos, subiendo allá arriba estaba el zorro, mirándonos calladito desde lo alto.

Hermenegildo Bazán dice:

—Tengo la escopeta. Puedo voltearlo de un balazo.

—¡Espera! —le dijimos nosotros los amigos—. No ha de ser bueno hacer eso.

Era muy desigual, desleal el juego.

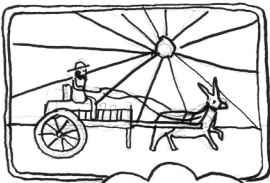
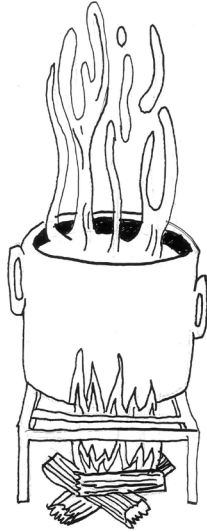
—Nosotros somos varios y tenemos diez perros y la escopeta, y el zorro está solito, sin nada. Tenemos que tener honor.

Y diciendo así, retiramos a los perros y nos fuimos dejándolo al zorro allí donde subiendo se había escondido.

Doña Isidrapa atashpan

| La gallina de doña Isidra

Vitu Barraza



Cuentaj riyquichis sucedesckanta chacka Quebrachituspi, sachan uacunpi Santiagupi.

Doña Isidra atashpata wañuchis, suj sopata ruasa cara amca amchiwan; astaampas, tortillata, cha sopawan mikunanpaj. Paycka suj peoncituta apej casa cara. Sutencka Serapio Pegonza casa cara.

Chaupi punchau, rajpi, chayaptin Serapio... Ancha cusicus, yarckas, chayasa cara –chunchullin ruidulla–, na cabrasninta voliachicus.

Nataj, payta llallis huamajta, ricurisa cara ckonckayllamantá mana ni willakus Eraclio Contreras –suj ckari ancha atiynioj cha pagusmanta–. Sulky mosojninmanta uraykus, ckemicusa cara. Chayna rimajina, nipusa cara:

–iiiDoña Isidra!!!

–iEraclio! Atashpata yanushcani. ¿Cutejchu rinqui?

–iAjchu mana!

–Chaypachá, mesaman ckemicuy.

Les voy a contar lo que ha sucedido allá en Quebrachitos, monte adentro en Santiago.

Doña Isidra, matando una gallina, había hecho una sopa con maíz molido tostado, y también tortilla, para comer con la sopa. Ella había sabido tener un peoncito y su nombre había sido Serapio Pogonza.

Más o menos cercano al mediodía fue cuando llegó Serapio... Muy contento y con hambre había llegado, con las tripas que le hacían ruido, ya regresando con sus cabras...

De repente, un poco antes, de sopetón, sin previo aviso, había llegado Eraclio Contreras —un hombre con mucho poder de esos pagos—. Bajándose de su flamante sulki, se había acercado. Y así como quien conversa:

—¡Doña Isidra! —le había dicho.

—¡Eraclio! Estoy cocinando gallina, ¿te vas a quedar?

—¡Cómo no!

—Entonces acércate a la mesa.

Hm... Ckaaptencka Doña Isadra apamusckanta suj puku umayasckata atashpamanta presas atuchajta, cusicusa cara. Allit mikus, na unta, Eraclio Contreras anchusa cara wasinman.

Chaymantá, chaypi, paycka, Doña Isidracka, chayraj mancanta ckaascka, yakulla cutishcasckanta, y ucunllapi nin: "Pogoncitapajcka ni suj presitata mana cutipun; iyaquitulla!".

Y chayllapi, suyashcajta Pogonzata, huajeen mickunanpaj. Huamajta tortillat churapun; chaymantá, Doña Isidra puku untata yaquitumanta apamun; na mikus puchucaptin, tapun:

—¿Astawan munanquí?

—¡Ari, ari! —nin Pogonzacka. Cunancka nin ukullanpi, maquisnin ckackonacus: "Puchero atun amoj rin".

Y cutis calditulla amupun.

Na untascka illillamanta y tortillamanta, Isidrata huajeen.

Tapun nis:

—Isidra: mancayquipecka, inacuan, atashpa yaycus, armakus, llojsisckanta, asnasckallata sakes.

—Ari. Allim Pogoncita. ¿Yarcayan cutinquí? Chackaypi apini suj pichi huarcusckata... munaptiyqué, jaja.

Hm... Cuando él ve traer a doña Isidra un plato rebalsado con presas grandes de la gallina, se pone contento. Con la panza llena, después de comer bien, Eraclio Contreras se va a su casa.

Luego, ahí recién ella ve su olla, a la que solo caldito le está quedando, y en su interior dice: “Hum... para Pogoncita ni una presita le queda, isolo caldito!”.

Y así nomás lo llama a Pogonza, que esperaba para comer. Primero le pone tortilla; después doña Isidra le trae un plato lleno de caldo. Cuando ya termina de comer, le pregunta:

—¿Quieres más?

—¡Sí! —dice Pogonza. Y ahora dice para sí mismo, frotándose las manos: “Puchero grande va a venir ahora”.

Y otra vez caldito nomás le viene.

Ya lleno, satisfecho de solo caldo y tortilla, llama a doña Isidra y le pregunta diciendo:

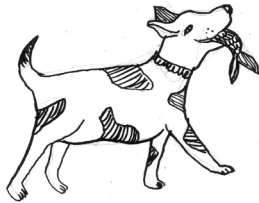
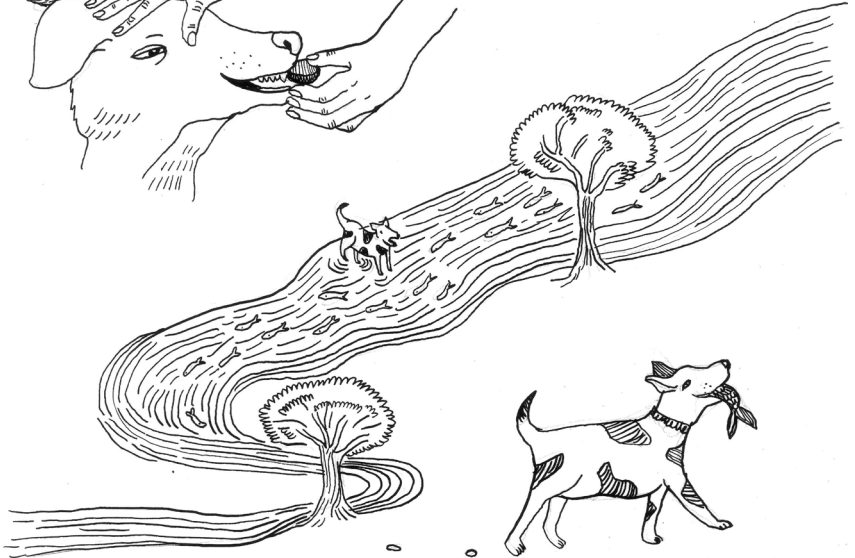
—Isidra, me parece que en tu olla entró una gallina, se bañó y salió dejando solo el olor, ja ja.

—Sí. Bien Pogoncita. Allá tengo un armadillo colgado... por si lo quieres, ja.

Moto Ckoshckelu

| El moto platudo

Vitu Barraza



Yuyachisoj riyquish ashckoymanta. Ashcko unanchaj chainatacka, mana ckaaj carani tucuy causayniypi.

Payay sutichera “Moto Ckoshckelu” churapus. Tuponcka carataj, a, chaupi ashcko: mana atun ni utulapas. Uyancka ushpa muru yurajan; ñawisnencka, packos. Utulitallamanta, ancha sinchi caj cara, maquisnin atuchaj, y pujllalu. Ancha unanchaj ckaas casckanta, yayausniy ckallareranku utulawan yachachiyta, micuchejina. Nipoj caranku:

—iTiakus suyay!

Y chaina ruaj cara.

Chaymanta, suj tulluan, tucuy siminan caniyta munaj cara.

—Mana, Mana, mana, iChayna mana caninayqui tian! Sujlla quiritian
—nipoj caranku, caninankama sujlla quiruan.

Y yuyani cha tutas sumajkunaspi, cazachej ritiycocka: pay ñaucke ashcko caj cara.

Suj punchau, mana aterayku suj atashpa ariscata apiyta. Payta ipucha! Cacharayku, Moto Ckoshcheluta. Ratunpi ckaarayku, cuncanmanta apis pusamora, imana ni nanachis, jaja!

Les haré recordar de mi perro. Perro entendido como ese no he visto en toda mi vida.

Mi abuela le dio el nombre, poniéndole “Moto Ckoshckelu”. Su tamaño habrá sido mediano. No era grande ni tampoco chico. Su cara era de color ceniza con blanco; sus ojos, marrones. Desde chiquito nomás solía ser muy fuerte, de manos grandes y juguetón. Viendo que era muy entendido, mis tíos comenzaron de a poco a enseñarle mientras le daban la comida. Le decían:

—¡Siéntate y espera!

Y así lo hacía.

Después ya con un hueso, con toda la boca quería morder.

—No, no, no! ¡Así no tienes que morder! Con un solo dientecito —le decían, hasta que mordiera con un solo diente.

Y recuerdo en esas noches hermosas, si íbamos a hacer cazar: él era el perro puntero o líder.

Un día, no podíamos atrapar una gallina arisca. ¡Pucha!, a él lo mandamos, al Moto Platudo. Al rato lo veíamos que, agarrando del cogote, la traía, ¡y sin lastimarla!

Moto Ckoshckelu, ashko sonckon atun y allipas, na atunpi, pay sapallan rej cara challuaj Mishki Mayuman. Sacha ucunta, ris, amoj cara, mana ni ñaniojta. ¡Mana ni pipas yachachera chaytacka! Natajcka, yarckay ima tanckaj cara causananpaj...

Suj ckorilus atuchajkuna llallej kananku Mayu yacu chuyapi. Rikuris llallej caranku, y paycka chaypi arcacoj cara apicus, osos inanku chaina, pinkina mayuspi. Chaymanta, allit untacus amiscka, suj challua atunta simimimpi churas, wasiman amoj cara. Sujkuna ashcketuscka, ina utulas, suyaj caranku challuata. Pay, chayas, mutquichicoj cara, ina mana ckockus, challua siminllapi. Chayna suyachicus, muyupucus allí ratuta, chayraj ckockoj cara wauckesninta.

Nocka ckaarani, utula cas.

Chaymanta, suj punchau, pichus wasiymenta, suj washcka sumajta ruapora. Monedas unaymanta ckosckemanta caj caranku, y cuncanpi apaj cara, canchachis. Chayrayku tukuy vecinus rajsej caranku Moto Ckoshckeluyната...

ilmaynataj sumaj ascko!

El Moto Platudo, un perro de gran corazón y también bondadoso, ya de grande, solía ir solo a pescar al río Dulce. Yendo por medio de esa selva sin camino, solía volver. ¡Nadie le enseñó eso! Tal vez el hambre, quizá, lo sabría empujar para sobrevivir...

Unos dorados grandotes, por el río de agua cristalina, visibles, sabían pasar, y él ahí los atajaba, agarrándolos como hacen los osos en los saltos de ríos. Después, bien lleno, satisfecho, ponía un pescado grande en su boca y venía a la casa. Los otros perritos todavía pequeños solían esperarlo. Él, al llegar, les hacía oler, olfatear el pez, pero aún no les daba. Al pez lo mantenía en su boca. Así haciéndoles esperar un buen rato y dando rodeos, les daba a sus hermanos.

Yo lo he visto siendo niño.

Después, un día, no sé quién de casa le hizo un collar hermoso con monedas de plata antigua, que eran de uso normal en ese tiempo, y llevaba en su cogote relumbrando, por eso todos lo conocían en la vecindad como el Moto Platudo.

¡Qué perro lindo!

DARÍO JUÁREZ
guaraní avañe'ê

Amóngotyo

| Del otro lado

Darío Juárez



San Isidro-pe oí peteî tenda ojeheróva “jupiguejyha jatytá”, ha’é peteî yvy ojeguejyha orekóva jupiguejyha ojere ohóvo. Kapíí porâ oí, avei yvyra ha yvotykuéra guyrakuéra ohohápe opytu’u haña.

Peteî jey Yrupe ha Chanti omoirû isy ha itiápe yvyra kuarahy’âme okay’umimi haña.

Mitânguéra oha’ã *ping pong*, Yrupe ojapi pe *pelota*’ire ha osê hatâiterei opyta ñanandýre. Mitânguéra oho oheka, oñepyrû oipe’a yvyrarakâ ha yvyrarogue ysyógui ojáva ógare ohechakuaa peve oíha peteî okê’í orekóva avei pyhyha.

Umi joyke’y omaña jurujáipe. Yrupe, iñakâkatâvéva ijapytepekuéra, oipe’ase pe okê’í ha ndikatúi. Oñeha’ã heta, katu pe okê ndojeipe’aséi.

—Eheja katu chéve —he’í Chanti ipy’arorývo.

Oipyhy pe pyhyháre, omoí ipy ógare ha oipysó hatâ hetyma oñepytyvô jave ipy rehe. Ha ndikatúi avei.

Peteî ñuaimi ohecháva mba’épa ojehu oñemboja hesekuéra ha oporandu:

En San Isidro existe un lugar al que llaman “Escalera Caracol”. Es una bajada con una escalera que va haciendo zigzag. Allí hay lindos pastizales, árboles y flores donde los pájaros van a descansar.

Cierto día, Irupé y Chanti acompañaban a su madre y a su tía a tomar unos mates a la sombra de un viejo árbol.

Los niños jugaban con unas raquetas de pimpón y una pelotita. Uno de los golpes de Irupé hizo que la pelotita saliera disparada hasta incrustarse entre unos arbustos. Los niños salieron corriendo a buscarla; empezaron a sacar ramas y hojas de una enredadera que estaba aferrada a la pared, hasta que de a poco descubrieron una pequeña puertita, de no más de cincuenta centímetros, de la que sobresalía una pequeña manija.

Los hermanos miraron asombrados, e Irupé, la más intrépida de los dos, no dudó en tratar de abrir la puertita; pero no tuvo éxito. Tiró una y otra vez con todas sus fuerzas, pero la puerta no se abría.

—Déjame a mí —dijo Chanti muy seguro de sus fuerzas.

Agarró la pequeña manija, apoyó un pie en la pared y la jaló haciendo fuerza con su pie de apoyo, pero tampoco tuvo éxito.

Una anciana que veía la escena se acercó y preguntó:

—¿Mba'épa pejapose?

—Roikuaase mba'épa oí amóngotyó —he'í Yrupe.

—Okê mboypýri oí tapichakuéra herûguáva, ha'ekuéra ndaha'eite peêichagua, katuete peê pedisparáta pehechârô chupekuéra, ivaieterei hikuái. Peñemomombyrýke upégui.

—¿Mba'épa ojehu ápe? —he'í mitânguéra sy oñembojavo ohecha jave pe ñuaimi oñomongeta Yrupe ha Chanti ndive.

—Mba'éve —he'í hikuái ha oñemomombyry pyáe upégui.

Ára uperiregua mbo'éhaópe, Yrupe ha Chanti ojapo peteî *plan* oipe'a haña pe okê. Ogueraha poryru ha peteî sâ, oha'ârô hikuái taipu *timbre* tosê haña ha pyáepe ojupi hikuái *bicicleta*-kuérape ha oho jupiguejyha jatytápe.

Oguenohê umi poryru orekóva hikuái ivokópe, oñemonde hikuái umi poryru ha oñepyrû oipe'a umi yvyrarogue omo'áva oké'í. Oñapytí pe sâ pyhyháre ha oñepyrû omyatâ mokôive.

—iAaaaa!... nembaretevékena, Chanti. —he'í Yrupe.

—iHa upéango ajapo'aína! —ombohovái Chanti, oñeha'ãmbaite aja.

Upeichahágui umi mitâ ikane'ô ha ho'a yvýpe, pe okê noñemonguéi moôve ha ipu'aka hesekuéra. Yrupe, ikane'ôvo, oipyhy itakuéra ha ojapi okêre ha Chanti omaña hese ha oñepyrû avei ojapi okêre. Peichahágui pe oké'í oñepyrû ojeipe'a.

—¡Niños! ¿Qué están tratando de hacer?

—Queremos saber qué hay del otro lado —dijo Irupé.

—Del otro lado de esa puertita hay seres muy extraños, seres tan diferentes a ustedes, que de seguro correrán al verlos, de tan horribles que son. Mejor aléjense de esa puerta.

—¿Qué pasa acá? —dijo la madre de los chicos, que se acercó al ver a la anciana hablando con Irupé y Chanti.

—Nada, nada —dijeron los chicos, y se alejaron rápidamente.

Al día siguiente, en la escuela, Irupé y Chanti tramaron un plan para abrir la puerta. Llevaron guantes y una soga; esperaron a que el timbre de salida sonara, y rápidamente montaron sus bicicletas y se dirigieron a la escalera caracol.

Sacaron los guantes que tenían en el bolsillo de sus guardapolvos, se los pusieron y comenzaron a sacar las hojas que cubrían la puertita. Ataron la soga a la manija, y entre los dos comenzaron a tirar.

—¡Aaaaaaah!... ¡Con más fuerza, Chanti! —dijo Irupé.

—¡Lo estoy haciendo! —respondió Chanti, mientras apretaba los dientes haciendo su mayor esfuerzo.

Y de pronto, ¡pum!, los hermanos cayeron al suelo vencidos por la pequeña puerta que no se movió ni un poquito. Irupé, cansada, agarró unas piedritas y empezó a tirarlas a la puerta, Chanti la miró y comenzó a hacer lo mismo, cuando, de repente, la puerta comenzó a abrirse lentamente.

Pyá'eterei mokôï mitâ oñembo'y, ojopopyhy ha omaña okêre.

Okê rupi osê mokôï tapicha ipire pytârovýva ha ijao hûva. Peteî iñakârague apopê ha pytâ ha ambue iñakârague pytâ avei katu ijapesýiva ha ohupyty yvy. Hesa pytâ guasuede hikuái ha hâi mokôï osê ijurúgui, mokôive iporyru, isâ ha *ilinterna* ohesapéva hikuái Yrupe ha Chantípe.

Peteî tapicha'í osapukái iñe'êpo'í reheve:

—iJaha katu, pe lekaja añetete he'í ra'e, amóngotyo oî tapichakuéra
ivaïetereíva! ¡Aaaaaaaa!

Ha upéicha, Yrupe ha Chanti omaña vove jurujáipe, mokôï tapicha'í
oike pya'é ha omboty hikuái oké'í.

Traducción: Verónica Gómez

Rápido, los hermanos se pusieron de pie, se agarraron fuerte de la mano, sin despegar la mirada de la puerta.

Del otro lado salieron dos seres de piel color violeta, vestidos con guardapolvos negros. Uno tenía el pelo rojo con forma de resortes, y el otro, del mismo color, pero en forma de fideos que caían hasta el suelo. Tenían enormes ojos de color rojo y dos dientes que sobresalían de sus bocas. Ambos tenían guantes, sogas y unas linternas con las que apuntaban a Irupé y a Chanti.

Uno de los seres, con voz estridente, gritó:

—¡Vámonos, el anciano tenía razón! ¡De este lado de la puerta hay seres horribles! ¡Aaaaaaaah.....!

Y así, ante la mirada desconcertada de Irupé y Chanti, los dos seres entraron corriendo y de un golpe cerraron de nuevo la pequeña puertita.

Chíru

Darío Juárez

San Fernando-pe oiko peteî karai ojeheróva chupe “Misiones-gua”, añetahápe avave ndoikuaái heratee. Ha’e noñeêguasúi mavavéndi ha oñemomaiteíramo chupe opoko iñankângaóre ha omomýinte iñakâ.

Oho jave hóga gotyo, Misiones-gua omeê ohóvo *pan* térâ chipa kuerito, térâ orekóvante ivokópe umi jaguápe oikóva tape rupi, omokunu’ú chupekuéra ha avei oñembosarái hendiekuéra.

Peteî ára *viernes* Misiones-gua ojevými itavapýpe pyharepytépe. Avave ndaipóri tape rupi, tatafínte ipohyivéva pytúme ha isativéva oiháme tesape. Katu oí mba’e ohesapevéva, upéa ha’e jasy guasu okañýva arai pa’úme.

Misiones-gua oĝuahê pyá’ese hógape ha upearâ omombyky hape *Boulevard Jacobe* rupi, peteî okavusu tuichaite pindo iñanambusukuéra oiháme.

Ohasa jave okavusu rupi ohendu mombyrýgui peteî tyapu, ojogua peteî mymba pytuhê ha ojogua avei peteî kororóme. Oguatánte ha’e omaévo ha ojapysakaporâvo opa mba’ére ohetû vove hyakuávaiva.

El Chiru

Darío Juárez

En San Fernando vive un señor al que llaman “el Misionero”, porque en realidad nadie sabe su nombre. No suele hablar con nadie y, cuando la gente lo saluda, solo toca el borde de su sombrero y asiente con la cabeza.

Cuando el Misionero va camino a su casa, va dando pedacitos de pan o de torta frita o de lo que tenga en su bolso a los perros de la calle. Cada tanto, les hace una caricia en la cabeza y más de una vez se lo ha visto jugando con ellos.

Cierto día, un viernes para ser más exactos, el Misionero volvió por la madrugada a su barrio. No había nadie en las calles, solo una niebla que se hacía más densa en las partes oscuras y se difuminaba bajo las luminarias. Pero una luz se veía más intensa que el resto: era una enorme luna llena escondida entre las nubes.

El Misionero quería llegar rápido a su casa, por lo que decidió cortar camino por el bulevar Jacobe, una plaza de unas tres cuadras de largo en la que hay unos anchos árboles de palma.

Mientras cruzaba la plaza, escuchó a lo lejos un sonido extraño, como si un animal respirara y gruñera al mismo tiempo. Con mucho sigilo, muy alerta, continuó su caminata, mientras un olor nauseabundo se mezclaba con la niebla.

Upeichahágui opyta ha ohecha peteĩ mba'e mombry ouva hese, ojogua peteĩ jaguápe katu ituichave ha ijyvateve. Opytaite kyhyjégui ohechávo pe mymba tuichaiterei ouva kororóháme. Oimévo hovaietépe ikupégui osê peteĩ jagua'í ha opo pe mymba guasu ári, ha mokôive oñepyrû oñorâirô. Upérô Misiones-gua oipyhy itakuéra ha ojapi mymba guasúpe, tuichaiterei okororôva ha osê odispara okaguasúgui.

Pe karai ojeheróva chupe Misiones-gua, pya'eterei oho upégui ha ndopytaí moôvépe oipe'a peve hóga rokê, omboty pya'é porâ ha avei omoñeno apyka hokêre ani ha'gua oike avave.

Ojepy'amongetávo upe mba'e ojuhúvare ku karai imandu'a peteĩ mombé'upýre oñemombé'úva itávape, pe "Luisô" mombé'upy. Peteĩ mymba ha'éva mymba ha yvypóra, ha'é ndaje membykuimba'e poteiha pyhare oí jave jasy renyhê iñambue peteĩ mymba ñañáme, tapichakuérape omongyhyjese ha oñorâirôse ha ho'ú so'ó ha'óva ha upévare hyakuávaiete.

—¿Añetépa ra'é upe mombé'upy? —Oñeporandu.

Misiones-gua opyta oke'ýre opa pyhare pukukue ohecha peve hovetâ rupive ikóémaha, upéramo opu'ã ha oho ohechahaguépe upe mymba. Oguahêvo ojuhu peteĩ jagua'í hũ oryrýva kyhyjégui ha pya'é oikuaa mávapa ha'é. Pe jagua'ípe ha'é omongarúmi ou jave imba'apohágui. Oñemboja hese omokunú'û ha'gua katu pe jagua'í oryrýi mante, oguenohê peteĩ pan vore ha jagua'í ndo'uséi.

De repente, se detuvo y vio algo a lo lejos que se dirigía hacia él. Parecía un perro, pero mucho más robusto y alto. Se quedó helado por el miedo al ver semejante animal que avanzaba gruñendo. Cuando lo tuvo muy cerca, casi frente a frente, un pequeño perro vino de atrás, se cruzó entre ambos, y saltó sobre la extraña bestia. Ambos animales comenzaron a pelear. En ese instante, el Misionero tomó algunas piedras y comenzó a lanzarlas sobre el enorme animal, que emitió un fuerte rugido y salió huyendo de la plaza.

El Misionero también se alejó velozmente hacia su casa sin mirar atrás, y no detuvo su carrera hasta que pudo abrir la puerta de su casa. La cerró de un golpe, le puso las trabas, y hasta una silla que tenía la recostó para que no se pudiera abrir.

Mientras pensaba en lo ocurrido, el hombre recordó una leyenda que se contaba en su pueblo: la leyenda del lobizón. Un animal que es mitad hombre y mitad bestia; un séptimo hijo varón que fue maldecido y que, en las noches de luna llena, se convierte en un salvaje animal. El lobizón suele atacar a desprevenidos y se alimenta de carroña; por eso despidе un olor muy desagradable.

“¿Será verdad aquella leyenda?”, se preguntaba.

El Misionero se quedó despierto toda la noche, hasta que, desde su ventana, vio que empezaba a amanecer, y decidió volver al lugar donde se cruzó con aquella bestia. Al llegar se encontró con un pequeño perrito de color negro temblando de miedo. Lo reconoció enseguida: era uno de esos perros a los que él daba de comer cuando venía del trabajo. Se acercó para acariciarlo, pero el perrito no dejaba de temblar. Sacó un pedazo de pan, pero el pequeño no quería comer.

Misiones-gua imandu'a jey upe mombé'upy he'ivare: peteî yvypóra ombohovakéramo Luisôre kóva noñorâirôsevéima hendive, katu jagua ombohovakéramo Luisôre ko jagua opyta mantereî okyhyjévo itarova peve.

—¿Añetépa ra'e upe mombé'upy? —oñeporandu jey.

Misiones-gua oho jey hógape ha imandu'a imitârô ha oikorôguare ka'aguýre ojehuhague peteî mba'e koichagua, imandu'a ijarýire oipohânôvo jaguápe ojehúva ojehuháicha jagua'í hûme ha ojapo ha'e ojapohaguéicha. Avati yguépe oikytî ha ojapo mbo'y ojapohaguéicha ijarýi ha oho oĩháme jagua ha omoĩ chupe ha oheja upépe.

Arakuéra ohasa ha peteî ka'aru ou jave imba'apohágui Misiones-gua, jepiguáicha, ome'ê jaguakuérape *pan* ha omokunu'û chupekuéra ha upeichahágui ohecha ijapytepekuéra jagua'í hûme. Upépe ojokuaa hikuái, ohupi ijyváre, ohaví'u ha he'í chupe:

—iAguyje che irû, aguyje!

Ome'ê rire chupe chipa kueríto oho jey hapére ha uperiremínte ohechakuaa pe jagua'í hapykuériha ha oheja chupe tomoirû hógga peve, ha oipe'a chupe hokê ha pe mymba'í torýpe oike.

Misiones-gua ha jagua'í oñomoirû.

El Misionero volvió a recordar aquella leyenda, que decía que cuando una persona enfrenta a un lobizón, este no lo vuelve a atacar nunca más, pero si es un perro el que lo hace, queda en ese estado de miedo intenso hasta el punto de volverse totalmente loco.

“¿Será verdad la leyenda?” se preguntó una vez más.

El Misionero volvió a su casa y recordó una situación parecida que había sucedido cuando era niño y vivía en el monte. Recordó a su abuela curando a un perro que había corrido la misma suerte, y decidió realizar el mismo procedimiento. Consiguió una mazorca de maíz desgranado, la cortó en rodajas y construyó un collar, igual que como había hecho su abuela, y fue hasta donde yacía el pequeño perro; le colocó el collar y lo dejó ahí.

Los días pasaron. Una tarde, mientras volvía de su trabajo, el Misionero cumplía con su ritual de darle pedazos de pan y acariciar a los perros con los que se cruzaba. Entre ellos vio al pequeño perrito negro. Se reconocieron al instante. Lo levantó en sus brazos y le acarició la cabeza mientras le decía:

—¡Gracias amigo, gracias!

Después de darle algunos pedazos más de torta frita, siguió su camino y, al cabo de unas cuadras, notó que el perrito lo seguía; así que dejó que lo acompañara hasta su casa, le abrió la puerta y el animalito entró muy contento.

El Misionero y el perrito se habían adoptado mutuamente.

Ombohéra chupe “che irú”, katu ohasakuévo ára héra oñemoambue Chíru. Sapy’apy’a ojehecha chupekuéra oguatávo San Fernando rape rupi ha oñembojáramo hesekuéra jagua guasu Chíru okororô ohechaukávo hái. Háe imichî katu ndokyhyjéi mba’évére ha avavére.

Traducción: Verónica Gómez

Le puso de nombre *Che Irú* que en idioma guaraní significa mi compañero, aunque con el tiempo su nombre mutó, simplemente, a el Chiru. Cada tanto se los ve paseando por las calles de San Fernando y, cada vez que un perro grande se acerca, el Chiru gruñe mostrando sus dientes. Es pequeño, pero no le tiene miedo a nada ni a nadie.

Ysyry jára

| El *jara* del río

Darío Juárez



Voiete guive Lautáro oñembosako'í oho hağua oipirakutu, arakaéve ha'e ndohói ra'e ha ko'ága ramo oipirakutukuaáta. Ho'úvo chipa kuerito kamby *chocolate* reheve oha'ārō itiópe. Itaita ha ijarýi opuka omañávo pe mitá'ire ndikatúi haguére oke opa pyharekue oúvo iñakâme umi pira guasu ha'e onohêtava gua'u ýgui.

Opa mba'é Lautaro oguerékóma: ivoko, iñakāngá'o ha hesairū kuarahy peguarā, *soldado'icha* oha'ārō hóga rokême, itava'ípe hérava Karupa.

Mombyrýgui ohecha oguahêvo itio ha Lautárope ejehesape hova vy'águi.

—¿Reimémapa, Lauti? Térâpa jaháta ambue ára —he'í itio ombojarúvo.

—iNde jukyetépa! —he'í Lautáro oguatávo *San Fernando* yrembe'y gotyo.

Petei pyhareve hakúpe, *febrero*-pe, oguahê hikuái upépe. Mombyry guive ohecha hikuái ygakuéra ou ha ohóvo, sapé'ante avei oñehendu *moto de agua* kuéra opararáva, ombopochýva mitâme oipirakutu jave.

—ilch! Tyapusarambi hatâiterei omondyipa pirakuérape. —ipochy Lautáro.

Lautaro se preparaba desde muy temprano para su primer día de pesca. Entre tortas fritas y chocolatada, esperaba la llegada de su tío. Sus abuelos miraban sonrientes al pequeño, que no había podido dormir en toda la noche, imaginando esos enormes peces que sacaría con su cañita de pescar.

Lautaro ya lo tenía todo preparado: mochila, gorrito y anteojos de sol. Como un pequeño soldadito hacía guardia en la puerta de su casa del barrio de Carupá.

A lo lejos lo vio llegar y a Lautaro se le iluminó la cara de alegría.

—¿Estás listo, Lauty? O si no lo dejamos para otro día —dijo el tío en tono bromista.

—¡Muy chistoso! —dijo Lautaro, mientras se adelantaba rumbo a la costanera de San Fernando.

En una calurosa mañana de febrero, tío y sobrino llegaban al lugar. Desde lejos veían las lanchas y veleros cruzarse a cada rato y, en ocasiones, unas ruidosas motos de agua, que harían protestar más de una vez al muchacho durante la pesca.

—¡Pero che! Con tanto ruido me espantan los peces —reclamaba Lautaro.

Ára ohasahasáma ha Lautáro ohechánte imba'e apu'ami
oñemyatymói ysry ñemýime, ombotuichávo chupe iñembyaju.

—iMba'eichaitépiko oiporosu'u ko'ã ñati'ú! ¿ajépa, Láuti? —oporandu
itio ohechávo Lautáro rova.

—Heê, ñati'ú oiporosu'u katu pira kuéra ndoisu'úi mba'eve —he'í mitái
ipochývo.

Lautáro ykére peteî mitâkuña'í *isombrero* kapi'íva onohê ipirakutuha,
hesapirí sapy'aite, oity imba'e apu'ami *cinco metro* yremby'ýgui ha
omoî ipo isyvápe oma'ê porã ha'gua. Upeaja Lautáro ojesareko porã
hese.

Ndahí'areguasúi ha Lautáro ohechami jurujáipe mba'éichapa
pe mitâkuña opo sapy'a, imba'e apu'ami oike ýpe ha upépe
oñepyrû sarambi. Mitâkuña'í omoî peteî ipy *baranda*-pe ha, Lautáro
ohecharamovévo ha oma'ê porãvo oikóva upépe, mitâkuña'í hasy peve
oipe'a pira peteî ýgui ha upe pira ohasa iñakánguera ári ha ho'ávo
yvýpe pe kuña'í oipyhy ha omoî peteî yryrúpe oguerekóva ijykére.

Diez minutos rire oiko jey upeichaite, pe mitâkuña oipyhy ambue pira
ha omoinge jey yryrúpe.

Lautáro ndoikuaái mba'épa oiko, oñemboja ha oporandu
mitâkuñáme:

Pasaban y pasaban los minutos y Lautaro solo veía cómo su pequeña boya azul se hamacaba con las olas del río, aumentando a cada instante un evidente fastidio.

—¡Cómo pican los mosquitos! ¿No, Lauty? —preguntó el tío al ver la cara de Lautaro.

—Sí, es lo único que pica, porque de peces, nada —dijo muy molesto el niño.

Al lado de Lautaro, una niña con un sombrero de paja sacó su caña de pescar, hizo una pequeña pausa con los ojos cerrados, lanzó su boya a unos cinco metros de la costa y puso su mano como si fuera una visera controlando desde donde estaba que todo estuviera en orden, mientras Lautaro la miraba con mucha atención.

Pasaron unos pocos minutos y Lautaro vio con asombro cómo la niña daba un salto, porque su boya se había hundido de repente. De inmediato habían empezado los tironeos. Ella apoyó uno de sus pies en el caño de la baranda de la costa y, para mayor sorpresa de Lautaro, que no sacaba los ojos de la escena, la pequeña pescadora logró levantar del agua una boga, que cruzó sobre sus cabezas y, apenas esta tocó el suelo, la tomó con las dos manos y lo introdujo en un tachito con agua que tenía a su lado.

Pasaron unos diez minutos y la escena se volvió a repetir: otro pez que terminaba en manos de la muchacha y, de allí, al tachito con agua.

Lautaro estaba totalmente desconcertado. Se acercó a la niña y le preguntó:

—¿Mba'éicharupipa aipirakutu nde ykére ha ndaikatúi anohê mba'éve gueteri ha nde mokôi renohêma?

Mitâkuña'í omaña hese ha nde'íri mba'évete.

—Che cheréra Lautáro —he'í opukávo ha otímimivo ohechakuaa jave nde'íri Hague héra.

—Che cheréra Arami —he'í mitâkuña'í omoî porâvo isombrero piri. Okiríríimi ha oporandu:

—¿Reporandúmapa ysry járape ikatúpa reipirakutu?

—¿Ysry járapa? —oporandu Lautáro.

—Heê, ysry járape —he'í jey mitâkuña Lautáro okarái jave iñakâ ha oñeha'âvo oikuaa porâve ha'gua.

—¿Ha mávapa upéa? —oporandu Lautáro omañávo ijérére.

—Che jarýi omombe'úakue chéve opa mba'é arapýpe oguerekoha ijára —he'í Arami—. Y, yyrakuéra, yvyty ha mba'é oguereko oñangarekóva hesekuéra, ha ysry avei oguereko.

—Upéicharô ¿aipe'aséramo pira ysryrýgui ajerureva'erâpa ijárape? —oporandu Lautáro.

—iUpeichaite! —ombohovái mitâkuña oipyhývo hí'yryru oho ha'gua.

—¿Cómo puede ser que estoy pescando al lado tuyo y no saqué nada aún, mientras que vos ya vas por el segundo?

La pequeña lo miró pero no respondió nada.

—Por cierto, me llamo Lautaro —dijo sonriendo y ruborizado, porque se dio cuenta de que ni siquiera se había presentado.

—Me llamo Arami —dijo la niña mientras se acomodaba su sombrerito de paja. Hizo una pausa y preguntó:

—¿Le pediste permiso al *jara* del río antes de pescar?

—¿El *jara* del río? —preguntó muy extrañado Lautaro.

—Sí, al *jara* del río —volvió a insistir la niña, mientras Lautaro se rascaba la cabeza tratando de entender.

—¿Y eso o ese quién es? —preguntó Lautaro mirando a su alrededor.

—Mi abuela me contó una vez que todas las cosas de la naturaleza tienen su *jara* —explica Arami—. El agua, los árboles, las montañas tienen alguien que los cuide, como un protector, y el agua del río también lo tiene.

—¿O sea que si quiero sacar peces le tengo que pedir permiso al *jara* del río? —preguntó Lautaro.

—¡Exacto! —respondió la niña mientras tomaba del mango su tachito con agua y se disponía a marcharse.

—Iporâ —he’í Lautáro ombosako’í aja itakuara’í oipirakutu ha’gua.

—iKo’á’ga ajeruréta ysyry járape ha anohêta pira hetaiterei rasa!

—iNahániri! —Osapukái Arami ojevývo, ha he’í—: ndahaéi upéicha, rejeruréramo chupe reguerahava’éerâ reikotevéva, ndaha’éirô upéicha ysyry jára ipochýta.

—iHeê! Oî porâ —he’í Lautáro otînungávo—, ko’á’ga aikuaáma. Aguyje, Arami.

—Mba’évére —he’í mitákuña ha pya’épe ojupi itakuéra rupi ha oho.

Lautáro ipytuhê puku, osapymi ha mbeguemi, ani ha’gua avave ohendu, ojerure ysyry járape tomonei chupe.

Uperiremínte upe mba’éapu’a hovy oñapymi ýpe, Lautáro oñeha’ãmbaite ha upéicha oguenohê ipira peteíha. Pe mitá’í opo vy’águi osapukái aja itiópe:

—iEmaêmína, tio! —tarováicha osapukái— iAguenohêma peteí!
iEhechamína! iEnohémína foto!

—Néi, epytamínte upéicharô —he’í chupe itio, Lautáro opopo rehe omoingerôguaicha peteí gol itava’í kánchape.

Uperire Lautáro onohê pira mokôiha, ha upéi mbohapyha. Ovy’aiterei ningo upe mitá ojapo haguére upe mba’éguasuetéva.

—¡Muy bien! —dijo Lautaro mientras preparaba su cañita de pescar. ¡Ahora le voy a pedir permiso al *jara* del río y voy a sacar miles de peces!

—¡No! —exclamó Arami, mientras volvía sobre sus pasos, y agregó: —Así no es. Si le pedís permiso, es porque solo vas a llevar lo que necesitás; o, si no, el *jara* del río se va a enojar.

—¡Uy! Está bien —dijo Lautaro apenado—. Ya entendí. Gracias Arami.

—De nada —dijo la niña y rápidamente se subió al escalón de piedras que separa la costanera y se marchó.

Lautaro respiró profundamente, cerró los ojos y en voz baja, para que nadie lo escuchara, le pidió permiso al *jara* del río.

Después de unos minutos, la pequeña boya azul se hundió, Lautaro tiró con todas sus fuerzas y sacó su primer pez. El muchacho saltaba de alegría, mientras le gritaba a su tío:

—¡Mirá tío! —gritaba como loco— ¡Ya saqué uno! ¡Mirá!
¡Sacame una foto!

—Bueno, pero quedate quieto —le dijo el tío, porque Lautaro daba brincos de alegría como si hubiera metido un gol en la canchita del barrio.

Al poco tiempo, Lautaro sacó un segundo pez, y a ese le siguió un tercero. El muchacho no daba más de alegría ante semejante hazaña conseguida.

—Néi Láuti, jahava'erâma —he'í itio—. Ipahápe mbohapy pira anohê
¿ndépa mboy renohê?

—Che avei anohê mbohapy —he'í pe mitâ'í ipy'arorývo— katu, híã
chéve iporâve jagueraháramo irundýnte, peteí ndéve guarâ,
ambue chéve guarâ ha mokôi che jarýi ha che taitápe guarâ ha...
umi ambuéva ñamombojeýta ysryýpe.

—¿Añete piko ere? —oporandu itio jurujáipe.

—Añete ha'e. Ani ha'gua Ysry Jára ipochy.

—¿Mávarepa reñe'ê? —oporandu itio oikuaave'ývo mba'épa he'í mitâ'í.

—¿Ndereikuaái piko? Ysry Jára ningo... jaha, tapére
romombe'uporâta ndéve.

Traducción: Verónica Gómez

—Bueno, Lauty, ya nos tenemos que ir —dijo el tío—. Al final saqué tres peces, ¿y vos, Lauty?

—Yo también saqué tres —dijo muy orgulloso el muchacho—. Pero ¿sabés qué, tío? Vamos a llevar solo cuatro, uno para vos, uno para mí y dos para los abuelos... Y a los otros dos los vamos a devolver al río.

—¿Estás seguro, Lauty? —pregunto extrañado el tío.

—Si tío. Mirá si se enoja el *jara* del río...

—¿El *ja*-quién del qué? —preguntó el tío más extrañado aun.

—¡Ay, tío! Vos sí que no sabés nada! ¡El *jara* del río! Vamos, que en el camino te cuento.

Kururu

Darío Juárez

Ysry *Luján* rembe'ýpe oñombyatyra'e karia'y guarani kuéra omombichy ha'gua avati. Upeichahágui mombry guive ohecha hikuái kururúpe ohasávo itakuéra mbyte popohápe.

—iNéi, Kururu! —osapukái karia'ykuéra— ¡Ápe, eju! Eñembojamíkена tatarendápe.

Kururu opyta, ojere, omoí hovápe pukavy guasuede ha oho karia'ykuéra renda gotyo. Oguahê jave upépe ombopetepete joa kururu apére ha oañuamba hikuái chupe.

—iÑamokômi Kururúre, omondavaékue tata yryvukuéragui! —he'í karia'y peteí.

—iÑamokô katu! —ombohavái ambue karia'ykuéra.

—Aníke pemomba'eguasueterei upéva —he'í Kururu omokô aja. Ha'e ot'ími, katu ojejapomimi avei.

—Mba'éichapa noromomba'eguasumó'ái. Emombe'umína oréve mba'éichaitépa remonda ra'e tata yryvukuéragui.

—Oíma —he'í kururu, omokôjey ha py'aguapýpe oñepyrû omombe'u hembiasakue.

—Ehemm... ehemm —he'í omoí porâ ha'gua ijahy'o.

El kururu

Darío Juárez

En las costas del río Luján, un grupo de jóvenes guaraníes estaba cocinando choclos a las brasas, cuando de pronto vieron a los lejos a Kururu, el sapo, que pasaba dando saltitos entre las piedras.

¡Eh, Kururu! —le gritaron los muchachos—. ¡Acá, vení! Acercate al fogón.

El sapo se detuvo, giró su cuerpo, dibujó en su rostro una enorme sonrisa, y se dirigió hasta donde estaban los muchachos, quienes apenas lo tuvieron cerca, le palmearon la espalda y lo abrazaron.

—¡Un brindis por Kururu, que les robó el fuego a los cuervos!
—dijo uno de los muchachos.

—¡Salud! —respondieron todos.

—No es para tanto —dijo Kururu, mientras tomaba un trago.
Aunque se ponía colorado, le gustaba hacerse el importante.

—¿Cómo que no, Kururu? Contanos cómo fue que les robaste el fuego a los cuervos.

—Está bien —dijo el sapo. Tomó otro trago y, muy a sus anchas, comenzó a relatar su historia:

—Ejem... ejem —dijo, afinando la garganta.

"Che chemandu'a oĩhague kuimbaé peteĩha oñeha'áva'ekue omonda haguâ tata ha oipyhyse aja okaipa ipo ha osê odispara —he'í Kururu omomýivo ipo ohechauka haguâ mba'éichapa okái ra'é upe kuimbaé.

"Upéi pykasúma omondase ra'é pe tata —he'ijey Kururu omboperere aja ijyva ipeporôguáicha— ha ndikatúi avei. iHague ha hugái okaipa! Upévare ha'é itanimbupa ha hugái mbykymi opyta.

—iHahaha! —opukapa hikuái.

—Ha oimo'â jave hikuái ndaikatumo'áiha ojejapo upéva... —he'í hapichakuéra ohenduporávape chupe, ombotuichávo hesa ha okirirívo sapy'apy'a— ha upéicharôô... añembotyryry ita ha kapíi apytépe. Avave ndacherechái añembojávo tatarendápe. Amoĩ tatapýi che jurúpe ha aha popohápe indakái ambuekuéraicha! Yryvukuéra ohechakuaa ramoguara, che mombryyeteeeeeema aime.

—iHeeeeê kururu! —osapukaipa karia'ykuéra.

—iÑamokômijeyna Kururu rehe!

—iÑamokô katu! —he'í joa hikuái

—iNéi, Kururu! —he'í mitârusu peteĩ— oĩ gueteri tatapýi, mba'érepa ndaorehechauká i mba'eichaitépa rejapo upe mba'éguasuete.

—Ha mba'érepa ndahechaukamo'ái peême —he'í Kururu, ojejapoitereíva omombe'u rire hembiasakue.

“Recuerdo que primero lo intentó un muchacho y, cuando quiso agarrar el fuego, se quemó las manos y salió corriendo —dijo el sapo, haciendo ademanes como si se quemara.

“Después trató de robarlo la torcaza —continuó Kururu mientras hacía gestos de volar con los brazos—, pero tampoco pudo. ¡Se le quemaron las plumas y la cola! Por eso tienen plumas color ceniza y la cola así, cortita.

—Ja ja ja —rieron todos.

—Y cuando todos creían estar perdidos... —dijo Kururu abriendo grandes los ojos, ante un público que escuchaba atento la historia, y haciendo una larga pausa y aprovechando el clima que se había formado a su alrededor— entonces... me escurrí entre las piedras y los pastos. Nadie se dio cuenta de que me acercaba al fogón; ni se percataron. Me metí en la boca un carbón y me fui saltando. ¡No me quemé como los demás! Cuando los cuervos se dieron cuenta, yo ya estaba muy, muuuuuuy lejos.

—¡Sí, Kururu! —gritaron los jóvenes.

—¡Otro brindis por Kururú!

—¡Salud! —dijeron todos.

¡Ey, Kururu! —dijo uno de los muchachos—. Todavía hay brasas en el fuego. ¿Por qué no nos mostrás cómo lograste semejante hazaña?

—¿Cómo no? —dijo el sapo, que estaba muy agrandado después de contar su historia.

Omokôjey ha oñemboja tatápe opavave osapukái joa jave chupe:

—iKururu, Kururu, Kururu!

Haé ojejapoiterei haguére nomoîri peteînte iomoî po tatapyî ijurúpe!
Tatapyî apytépengo oî avei tanimbu ha upéa omoatía chupe ojere
javete ojehechauka haña hapichakuéra renondépe.

—iHachuuuuu!

Káaguýpe osunu pe kururu atía. Tatapyî osê oveve opa rupi. Oî
hoáva vyvra rogue kê ári, ha ambue hoáva vyvra rakâ mbytépe ha oî
avei kapiî ári omyasáiva. Ndahíaréi rire ojehecháma hatatîmiva ha
uperire oñepyrû hendypa. Kariáykuéra oîva upépe oñeha'â ombogue
haguâ ha ndaikatúi voi, ha kyhyjehápe osê hikuái oñani.

Kururu ohecha mombyry guive mba'épa oiko haé ojavy haguére.
Ipy'ajopývo opo vyvra kuápe ha upeguive oñepyrû ojahe'õ asy puku, ha
upéa oñehendu mombyrygui.

Tupâ, ama jára, ohendu iñangirûme ha ohechávo mba'épa ojehu
pya'épe omongy tata ári. Mbeguekatúpe oguepa opyta peve tanimbu
hykuepáva.

—Kururu, che angirû —he'í Tupâ— ikatúma resê, ndaiporivéima tata.

—iAguyje! —he'í kururu jepy'apýpe gueteri.

Tomó otro trago y se dirigió directo a la fogata, mientras todos gritaban arengando:

—¡Kururu! ¡Kururu! ¡Kururu!

Y como estaba tan creído y agrandado, Kururu no se tragó una brasa ise tragó cinco! Con tanta mala suerte que entre las brasas también se tragó las cenizas, y cuando dio media vuelta para que todos lo vieran, no pudo contener el estornudo.

—¡Atchús!

Retumbó en el monte el estornudo del sapo. Los carbones salieron volando por todos lados. Algunos cayeron en las hojas secas; otros, entre las ramas de los árboles, y algunos rodaron sobre el pasto. Pronto, pequeños humitos empezaron a salir y de a poco las llamas comenzaron a ganar todo el terreno. Los muchachos que allí estaban intentaron apagar el fuego, pero no podían con todo y, asustados, salieron corriendo.

Kururu miraba desde lejos todo lo que había causado. Muy angustiado saltó al hueco de un árbol y desde allí comenzó a hacer un largo croar que se escuchaba desde lejos.

Tupá, el dios de la lluvia, escuchó a su amigo y, viendo la escena, no dudó en hacer llover sobre las llamas. Estas se fueron apagando, hasta que solo quedaron cenizas mojadas.

—Kururu, amigo mío —dijo Tupá—, ya puedes salir, ya no hay fuego.

—¡Gracias! —dijo el sapo, muy apenado.

—Mba'épiko oiko ra'é ápe —oporandu Tupâ.

—Opavave ojayysaka ha oguerohory umi mba'é che amombe'úvare ha, peichahágui, añeñandu chemba'éguasuetereiha. Mba'éporânguate he'í hikuái cherehe ha chembovu, ha rehecháma mba'épa ajapo ha mba'éichapa apyta: cheaño, chehykupa ha haimete ambyaípa.

—Kururu, che irû, ñande rekove ningo upéicha, sapy'ánte ñaime amo hu'áme ha sapy'ánte nahániri. Upe mba'éguasuvéva ha'e mborayhu jarekóva ñandejehe, nde rejehayhuvá'erâ, Kururu. Nde natekotevêi rehechauka mba'éve mavavépe.

—iAñete ere! —he'í Kururu— hí'â chéve aikuaáma mba'épa ajapoarâ.

—Upeichaite. Che ajokuáita ndéve —he'í Tupâ.

—Mba'épa ajapová'erâ —oporandu Kururu ama járape.

—Okypotávo che amomandúta ndéve ha nde remomanduva'erâ yvyporakuérape ha mymbakuérape. Upe nde purahéi puku asýpe angete rejapoháicha, ¿ikátúpa rejapojeý?

—ilkatu! —he'í Kururu, ha osê opopo vy'águi yno'ô pá'úme.

Upévare ñahendúvo kururu ñe'ê puku, upéva he'ise ha'e ñanemomandu oguahêmbotaha ama.

Traducción: Verónica Gómez

—¿Pero qué pasó aquí? —pregunto Tupá.

—Es que todos escuchaban y festejaban mis hazañas y, por un momento, me creí un héroe, alguien muy importante. Me dejé llevar por los halagos y mirá cómo terminé: solo, mojado y casi provoqué un desastre.

—Kururu, amigo mío; así es la vida. A veces estamos en la cima y otras veces, no. Lo importante es no perder nunca la autoestima, y con “autoestima” me refiero a quererse a uno mismo, Kururu. Y vos, amigo mío, no necesitás demostrarle nada a nadie.

—¡Es verdad! —dijo el sapo—. Creo que he aprendido esta lección.

—Si es así, te encargaré una misión —dijo Tupa.

—¿Cuál misión? —preguntó el sapo al dios de la lluvia.

—Cada vez que se acerque una lluvia o una tormenta, yo te voy a avisar y vos deberás avisarles a todos los humanos y a los animales, con ese largo croar que hiciste hace un momento. ¿Podrás lograrlo?

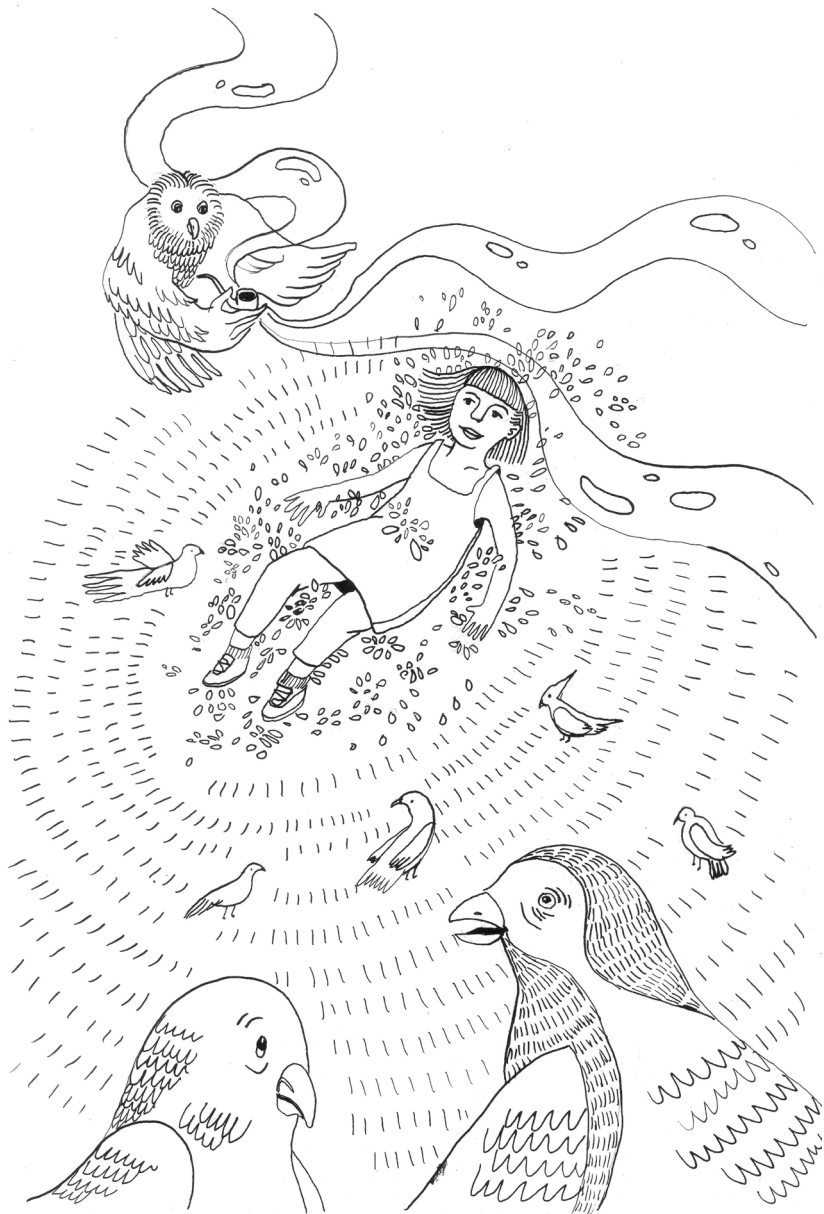
—¡Sí, por supuesto! —dijo Kururu, y salió saltando de alegría entre los charquitos.

Es por eso que cuando escuchamos a los sapos croar por largos ratos, significa que nos están avisando que una lluvia se está acercando.

Mitâkuña'i oñe'êkuaáva guyrakuérandie

| La niña que hablaba con los pájaros

Darío Juárez



Máira ohómi ygápe hamói ndive mbóehao gotyo Karaguata y rupi.

Pe mitâkuña'í oguapykuaámi yga apýrare ha upépe guive omaña ysyry rembe'y ha yvrakuérare, ojapysakávo guyra purahéire ha omomaiteími mayma guyra ohasáva upe rupi.

—Maitei kuñakarai yvráre omba'apóva ¿Mba'éichapa reiko?

“Maitei, javatí ¿Mba'éichapa oiko ne pehênguekuéra?

“¿Mba'éichapa neko'ê, guyrá'í? ¿moôpiko reho pyá'ete?

Mayma guyra ombohováí chupe turuñe'ême. Hamói omaña hese ha opuka oipyтуhêpukúvo ha oñemombaretévo omyañajey ha'gua yga *remo* rehe.

—Máira, ña'guahêmbotáma —he'í hamói— ere umi guyrá'ípe rehova'éraha mbóehaópe.

Upe mitâkuña omomaitei hamóipe, opo yga'guahêháme ha oñani mbóehao gotyo.

Mayra viajaba con su abuelo por el río Caraguatá en una canoa rumbo a la escuela.

La niña, tenía por costumbre sentarse en la punta del bote y desde allí mirar las costas del río y los árboles, atenta a los cantos de los pájaros, a todos los cuales saludaba cada vez que se cruzaban por su camino.

—Hola señora Carpintera. ¿Cómo amaneció hoy?

“Hola señor Martín Pescador. ¿Cómo anda su familia?”

“Buen día Gorrioncito, ¿Adónde vas tan apurado?”

Todos los pájaros le respondían con un silbido. Su abuelo la miraba y sonreía, mientras tomaba una bocanada de aire y juntaba fuerzas para impulsar los remos de la canoa.

—Mayra, ya estamos llegando —dijo el abuelo— deciles a los pajaritos que ya tenés que ir a estudiar.

La muchacha saludó a su abuelo, dio un salto hasta el muelle y se fue corriendo a la escuela.

Upe ára ka'arúpema hamói oĝuahê ndaje mbó'ehaópe oheka haĝua inietó'ipe. Mombyry guive ohecháma oíha mba'e vaíva. Pya'épe osê ygágui ha oñemoaĝuívo korapýre oñepyrû ohendu mbó'eharakuéra ha mitânguéra sapukái.

—¿Moôpiko oime Máira? —Oporandu hamói kyhyjehápe ohechá'ỹvo mitâkuñáme moôvérupi.

—*Dirección*-pe —he'í peteî mbó'ehára.

—Katu... ¿Mba'épa ojehu ápe? —he'í hamói py'atarovápe oipe'ávo okê.

Ha upépe oími Máira, ipy'amonóvo, mokôi ñembota, peteî hesa ykérepe ha ambue ijajúra akatúape. Ijerére opa mbó'ehára omói peteî aorâ ho'ysâ iñakâme ha oja ipirerasýva rehe.

—¿Mávapa ojapo upéicha hese? —he'í hamói.

—Ñimboráe mokôi mitâ ombojaru Máirare ha'e he'ígui oikuaaha mba'épa he'í guyrakuéra, omyaña chupe ha oñepyrû ojapi guyra sa'yjukuérape oíva korapýpe. Máira oñemoí guyra ha ita pa'úme —omombe'u peteî mbó'ehára.

Hamói ohupi chupe, ogueraha ygápe ha omoñeno yga apýrape. Pya'épe oñepyrû *orrema* tasyo gotyo, opytamimi omokâ haĝua hy'ái ha *orremajey*.

Ya por la tarde de ese mismo día, el abuelo llegaba a la escuela para pasar a buscar a su nieta. Desde lejos, observaba que algo no andaba bien. Bajó rápidamente de la canoa y a medida que se iba acercando al patio, comenzó a escuchar los gritos de las maestras y los niños.

—¿Dónde está Mayra? —preguntó asustado el abuelo al no ver a la niña por ningún lado.

—En la dirección —dijo una de las maestras.

—Pero... ¿qué pasó aquí? —dijo exaltado el abuelo al abrir de un golpe la puerta.

Y allí estaba Mayra, inconsciente, con dos moretones —uno cerca de los ojos y otro en el costado derecho del cuello—, rodeada de otras maestras que le habían puesto una toalla fría en la cabeza y le pasaban hielo en las heridas.

—¿Quién le hizo esto a mi niña? —exclamó el abuelo.

—Lo que sucedió fue que dos niños, que se burlaban de Mayra porque ella decía que podía entenderse con los pájaros, la empujaron y empezaron a tirarles piedras a unos jilgueros que estaban en el patio. Mayra se interpuso entre los pájaros y las piedras —explicó una de las docentes.

El abuelo la levantó entre sus brazos, la llevó hasta la canoa, y la acostó en la punta del bote. De inmediato empezó a remar rumbo al hospital; apenas paraba para secarse el sudor de la frente y volvía a tomar los remos.

Upeichahágui peteí mainumby oguejy mitâkuña'í oñenohápe. Karai omosêmo'ã guyra'ípe, katu ndojapói upéva. Opytánte ha ohecha mba'épa ojehu. Upe guyra'í opo yga rembépe ha oveve yvága gotyo. Pe karai oma'ente hese.

Uperiremínte hetave guyra oguejy ha pe karai jurujáipe omaña hesekuéra.

Heta hetave guyra oñepyrû omongora mitâkuña'ípe. Hamói opyta ñe'é'yre ohechávo mba'éichapa guyrakuéra ohupi Máirape. Mitâkuña'í rete oveve ombojehe'ávo guyra aty rague apytére, iparapáva hikuái.

Yvýpe, ambue guyrakuéra ohupa'apo vyvaroguégui ha umi guyra oguerúva Máirape omboguejy mbeguekatumi chupe upépe.

Mayma guyra upepegua oñombyaty mitâkuña jerére: havia, pykasu, manimbe, chochí ha akâpytanguéra, oguerúva y ijurupekuéra ha omboykuéva mitâkuña rembe.

Peteí guyraû ha peteí ñahana uguata yrembe'y rupi tembí'u rekávo ha ohechávo chupekuéra guyra para, amaña opa mba'é ojehúva uperupi ha opererévo ipepo he'í:

—Hasyeterei ha'e. Ñahenoiva'erá ñande jarýi ñakurutûme.

—Oîma, aháma ahekávo chupe —he'í chochí ha pya'épe osê oveve.

De pronto, un colibrí bajó hasta donde estaba la niña acostada. El anciano pensó en espantar al animal, pero no lo hizo. Se dedicó a observar lo que sucedía. El pajarito saltó al borde de la canoa y se elevó al cielo. El abuelo solo atinó a acompañarlo con su mirada.

Pasaron unos minutos y más aves bajaron ante la mirada atónita del abuelo.

Los pájaros, que ya sumaban cientos, comenzaron a envolver a la niña. El abuelo se quedó mudo, observando cómo las aves comenzaron a levantar a Mayra por el aire. El cuerpito de la muchacha se elevaba confundiendo entre el plumaje de la bandada de pájaros, que eran de todos los colores y tamaños posibles de imaginar.

En un descampado, otros pájaros habían armado una cama de hojas secas, donde las aves que traían el cuerpo de Mayra lo dejaron reposar lentamente.

Todos los pájaros de las islas estaban reunidos alrededor de la niña: zorzales, palomas, cachilitos, calandrias y unos cuantos jilgueros, que se encargaban de traer agua con sus picos y mojaban los labios de la niña.

Un boyero y una gallineta caminaban por las costas en busca de comida, ante la mirada del pájaro tigre, que controlaba todo lo que sucedía y, al tiempo que hacía viento con sus alas, decía:

—Está muy herida. Debemos llamar a la abuela lechuza.

—Está bien, ya mismo voy a buscarla —dijo una de las calandrias y raudamente levantó vuelo.

Sapy'aitépe jarýi ñakurutû omotimbóma yvyku'í ipepo reheve oġuahêvo upépe.

Ipepokuágui oguenohê peteî petýgua, omyendy ha mbeguekatumínte oġuata mitâkuña'í gotyo omaña porâ haġua hese.

—Oñemombe'u kuri chéve ko mitâkuña'í oñe'êkuaaha penendive —he'í jarýi ñakurutû—. Peê peikuaa porâma yvyporakuéra ndoikuaaiva'erâha mba'épa ñande ja'éva... ha ko mitâkuña oikuaa mba'épa jaé... upéa arakáeve ndojehúimi, ha upéichava'erâ.

—Jarýi —he'í guyra sa'yju—, ko mitâkuña ore pytyvô.

—¿Mba'épa ere? —oporandu jarýi tuicha oipe'ávo hesa.

—iHêe! Mitânguéra omombo oréve ita. Rojerure pytyvô ha ko mitâkuña orerendu ha oñemoi ita ha ore pa'ûme. Ndaha'éiramó hese ore romanoma'amo'ã.

Jarýi ñakurutû ojere guatahápe ojepy'amongeta aja ojuhúvare ha mbeguekatumi oñeporandu:

—¿Mba'épiko ajapóta?

—iAikuaáma mba'épa ajapova'erâ! —he'í peteî ñe'ê ñanandy apytére.

Opavave omaña jurujáipe, upépe ou guatahápe tatatîna apytépe Jasuka, ka'aguy ha pohâ ñana jára.

De inmediato, las enormes alas de la abuela lechuza levantaron una polvareda al aterrizar en medio del descampado.

Sacó de entre sus alas una pipa, la encendió y lentamente se dirigió hacia la niña para observarla por un instante.

—Me dijeron que esta niña habla con ustedes —dijo en voz alta la abuela lechuza—. Todos ustedes saben que no es bueno que los humanos sepan lo que decimos... y esta niña sabe lo que decimos... Eso nunca había sucedido antes, y así es como tiene que seguir.

—Pero, abuela —dijo el jilguero—, esta niña nos salvó la vida.

—¿Qué?! —preguntó la abuela abriendo sus enormes ojos.

—¡Sí! Unos niños nos estaban tirando piedras. Gritamos “¡Auxilio!”, y esta niña nos escuchó y se interpuso entre las piedras y nosotros. Si no hubiese sido por ella, ya estaríamos muertos.

La abuela lechuza caminó haciendo pequeños círculos, mientras meditaba sobre la situación, y en voz baja se preguntó:

—¿Qué debería hacer?

—¡Yo sé lo que hay que hacer! —dijo una voz entre los arbustos.

Todos miraron sorprendidos. Allí venía caminando en medio de una bruma Jasuka, Diosa generadora de la naturaleza y las plantas medicinales.

—¡Jasuka! —he'í ñakurutû ha mayma guyra omaê hese he'í'ývo mba'éve.

—Ápe aime... ahecháma ko mitâkuñáme ha aikuaa porâ: ha'é oreko guyra kuéra ñe'â, upévare ikatu oñe'ê penendive... ko mitâkuña omoí hekove oñangareko ha'gua peême. Peñe'émína ha pejapo hendive peteî *pacto*, ha peguerahajeýna hamói ndive.

Jasuka oguenohê ivokógui petý, ome'ê ñakurutûme ha he'í chupe:

—Kóa ha'é reipohâno haguâ mitâkuñáme.

Upéi, ojapoparôguáicha, oguatajey tatatína apytére ha oho.

Ñakurutû oñemboja mitâkuña rehe, omyendy petýgua, oipytuhê tatatí ha upéi omoí pe tatatí Máira orekohápe mba'asy. Ojapo jey upéicha ha mitâkuña oñepyrû okuera ha umi mba'asy oho pya'eterei, tatatí ogueraharôguáicha.

Máira oñepyrû opáy ha opokóvo hetére oporandu:

—¿Moôpa aime? ¿Mba'épa ojehu?

—Mba'éichapa, Máira. Chéngo jarýi ñakurutû. Ore rogueru kuri ndéve ápe nde rasýgui, ha ore irû ka'aguygua orepityvô nemonguera haguâ. Katu orejerure torojapo nendive peteî *pacto*.

—¿Peteî *pacto* piko? —he'í Máira.

—¡Jasuka! —dijo la abuela lechuza, ante el asombro de todos los pájaros que la observaban en silencio.

—Acá estoy... He observado a esta niña y no tengo dudas: ella tiene el espíritu de los pájaros. Por eso puede hablar con todos ustedes. Esta niña arriesgó su vida para cuidarlos; devuélvanla con su abuelo, hablen con ella y hagan un pacto.

Jasuka sacó de su bolsa un poco de tabaco, se lo entregó a la abuela lechuza y le dijo:

—Esto es para que puedas curar a la muchacha.

Luego, como si ya hubiera cumplido su misión, volvió a caminar entre la bruma hasta desaparecer.

La abuela Lechuza, se acercó a la niña y encendió su pipa, aspiró el humo del tabaco y luego la esparció sobre las heridas de Mayra. Repitió la escena una segunda vez y las heridas de la niña comenzaron a desaparecer mágicamente, como si el humo se las llevara.

Mayra empezó a despertar y, tocándose las heridas, preguntó:

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

—Hola Mayra. Soy la abuela lechuza. Te hemos traído hasta aquí porque estabas lastimada, y una amiga que tenemos en el monte nos ayudó a curarte. Pero a cambio nos pidió que hiciéramos un pacto con vos.

—¿Un pacto? —dijo Mayra.

—Hêe, peteî *pacto*. Yvyporakuéra ndikatúi oñe'ê orendive nde reñe'êháicha, reme'êramo oréve ne ñe'ê orepytyvõtaha, ore rome'ê avei ndéve ore ñe'ê roipytyvõtaha ndéve ha upéicha ikatúta ñañe'ê ha roikuaáta mba'épa ere ha nde reikuaáta mba'épa ore ro'é. Ha... ñaño moirûta akóinte.

—iHêe! —he'î Máira.

—Iporâ —he'î jarýi ñakurutû— ko ára guive rohenóita ndéve Pykasu ha reikéta ore pehêngue aty guasúpe.

—iHêêee! —osapukái Máira vy'águi ha mayma guyra opuraheijoa.

Vy'a ha tory apytépe guyrakuéra oñepyrû omongora mitâkuñáme ha oguerahajey chupe ygápe oñháme hamói. Pe karai omopu'â ijyva ohupi ha'gua Máirape ha mitâkuña omoívo ipy yga ári oñoañua mbarete hikuái. Ovy'aite rei ohechávo *inietá* ipe hesâi asy jey.

Ha omomaiteívo guyrakuérape oñemomombyry ohojeývo hogakuérape hamói ha Máira, ¿térapa ñahenóita chupe Pykasu?

Traducción: Verónica Gómez

—Sí, un pacto, porque no todas las personas pueden hablar con nosotros como lo hacés vos. Si prometés cuidarnos, nosotros prometemos cuidarte siempre, y así podremos hablar y entenderte, como vos hacés con nosotros. Y seremos amigas que se cuidan por siempre.

—¡Sí! —dijo Mayra sin pensar.

—Bien —dijo la abuela lechuza—. Desde hoy serás conocida como Pycasu, que en el idioma guaraní quiere decir “paloma”, y formarás parte de nuestra gran familia.

—¡Sííí! —gritó Mayra de alegría, y todos los pájaros cantaron al mismo tiempo.

Entre tanta algarabía, los pájaros comenzaron a envolver a la niña y la llevaron de nuevo a la canoa donde estaba el abuelo. El hombre levantó sus brazos para recibir a Mayra y, una vez que puso sus pies en el bote, la abrazó con todas sus fuerzas. No podía contener la alegría de ver a su nieta sana y salva de nuevo.

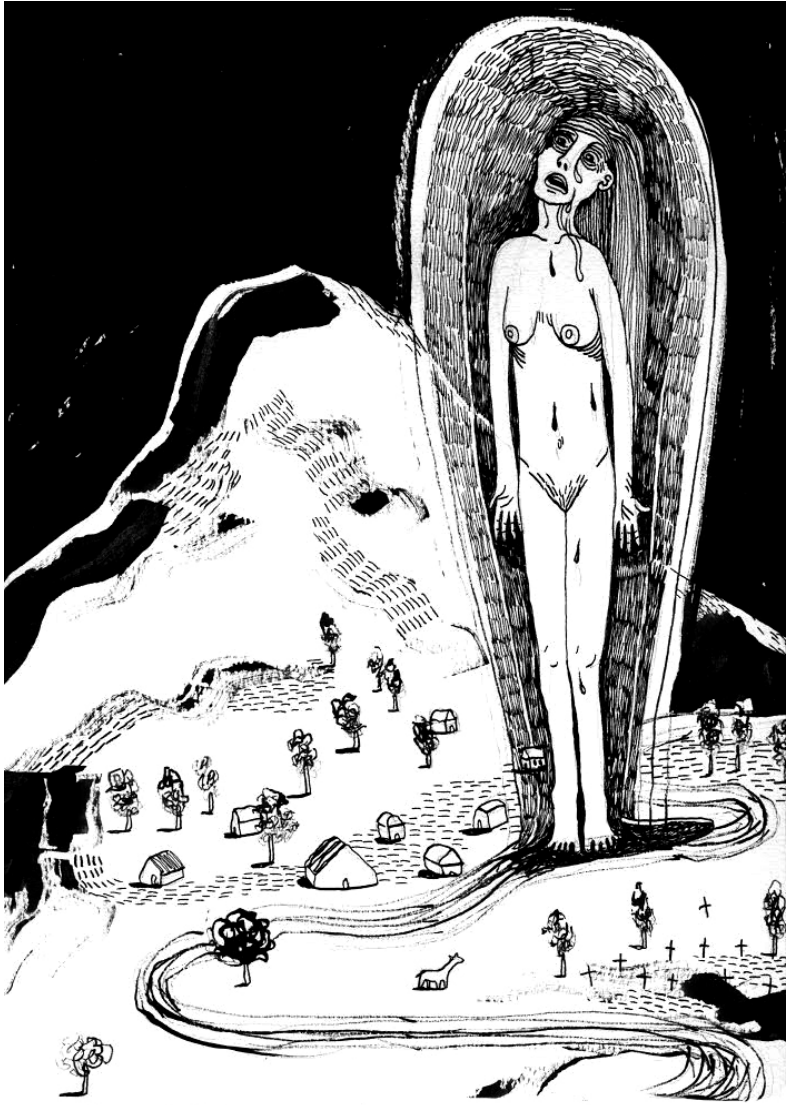
Y saludando a los pájaros que se alejaban, emprendieron el viaje de regreso a casa el abuelo y Mayra... o debería llamarla Pycasu.

SONIA ALCOCER
quechua cochabambino

Juanitap wawan

| Juanita y su bebé

Sonia Alcócer



Kampu warmicita Juana sutisqa, q'acha imillita, ch'asqa ñawisita; sipas yaykuspa reqsin uk yana aya runata, Raúl sutenqa; payta sonqonta qorqa.¹ Payqa anchata chonqolean, weqoqean.

Reqsinakuptinkuna, Raúl sumaq runa karqa, miski simi, miski sonqoyoq...

Juanitataqa neq:

—¿Chasqitatachu munahki? Hurqachipusqayki.

Chayhina munaynioq Juanita locayarparin. Tantaypukunku tiempitunman.

Raúl, supay kasqa. Pay rikuchikorqa imaynachus kasqanta. Juanita llakinmanta phutikun: manaña ripuyta atinchu. Pay chichuyarparisqaña.

Raúl kuisqa nin:

—Kunanqa ni maytaq² saqeankichu.

Uk p'unchay, Juanita waqasarqa; chayllapi, pay wiksampi aytasitu llikcharichin. Paytaq kusirikun. Pay uyarinmanpishina rimayta wawitata:

¹ -rqa: tiene valor contraevidencial.

² Cfr.: ni hayk'aq, ni aykaf de otras variedades.

Érase una vez una campesina llamada Juana, una niña bonita, cuyos ojos refulgían como dos luceros. La niña conoció a un ser de alma negra, llamado Raúl, y le entregó su corazón. Raúl era un bebedor empedernido, que a menudo se emborrachaba hasta vomitar.

Cuando lo conoció, Raúl era una persona agradable, de palabra y corazón dulces.

A veces, le decía a Juanita:

—¿Quieres las estrellas? Pues yo te las bajaré.

Con estos decires, tenía a Juanita enloquecida de amor. Al tiempito, ambos fueron a vivir juntos.

Pero Raúl era una persona vil. A poco de andar, se apareció en toda su esencia. Juanita, apenada, vivía llena de congoja, pues ya no podía irse: Estaba embarazada.

Satisfecho por la noticia, Raúl le decía:

—Ahora ya nunca me dejarás.

Un día, Juanita estaba llorando. Entonces, sintió una patadita en su panza. Eso la alegró. Era como oír a su bebé que le hablaba:

—iMamitay! iAma llakikuychu! iAma waqaychu! Noqa yanapasqayki hatunyaspa. Anchá munasuyki. Sonqoyki sonqoywan uklla kanchis. Uk chikitallaña chusan. Ña lloksisaqña. Wañuni reqsiymanta uyitaykita; makisitusniyki pinky munani tataypa makisinman.

Chaypi Juanita paypi kutin. Weqesninta chakirikun. Chayllaman Raúl yaykun punku hayt'aspa. Juanita mancharikun: wataqmanta³ machasqa yaykun paytataq waq'alichiyta⁴ munan. Juanitataq nin:

—iAma, Raúl! iAma! Kunan mana; machasqa kanki —paytaq nin.

—Noqa munaqtiy kanan tiyan —Raul, nin.

Paytaq mancharispa wiksamta pakakun. Paytaq saqrahina patanman wikch'uykukun. Juanitata q'ala ñit'in, q'ala nanachispa. Chaymantataq kimsa p'unchayman wawita lloksin.

Juanita manaña paypichu. Warmisita karqa. Wawita yarqasqa ñuñunta mamanpa maskhan waqarikuspa. Juanitataq chawpi wañuyupi wawitanta ñuñunman churarqa. Chayllapi wañupun. Chay p'unchaymanta pacha, Juanita condenakorqa. Sapa chisi chawpi tutat waqarikoq wawitanta maskhaspa:

—iAy... wawitay! ¿Maypi kanki? iAy... wawitay! Hampuway. iAy... wawitay! Mana ripuy atinichu mana qamwan...

Uk watata q'ala llaqtata mancharisqa. Ni pipis chawpi tutata lloksiy ni puriy munanchu. ¿Pichus Juanitawan tinkoq, q'ala yawarpi armakoq y wañoq? iAyan ancha sinchi karqa!

³ De nuevo; *cfr.* kutis, en santiagueño.

⁴ waq'alily: tumbarse; *cfr.* Areq, Caylloma: alicaerse.

—¡Mamita! No te entristezcas. No llores. Yo te ayudaré en cuanto crezca. Te quiero mucho. Tu corazón y mi corazón son una sola cosa. Solo falta ya muy poquito. Ya saldré de tu vientre. Muero por conocerte la cara; quiero saltar en tus manitos, de tus manitos a las manos de mi papá.

Con esas palabras, Juanita volvió en sí. Juanita empezaba a secarse las lágrimas. En eso, entró Raúl, pateando la puerta. Juanita se asustó. De nuevo entraba ebrio, tal vez queriendo echarla sobre la cama. Y ella se defendía:

—¡No, Raúl! ¡Que no! Ahora no; estás borracho —le decía.

—Ha de ser cuando yo lo quiera —le respondió Raúl.

Juanita, asustada, intentaba taparse el vientre. Él, vilmente, intentaba echarla boca arriba sobre la cama. La aplastaba con su cuerpo, provocándole dolor. Después de tres días, nació el bebé.

Juanita ya no estaba en sí. Fue una niña. La bebita, en cuanto sentía hambre, buscaba el pecho de su madre, llorando. Juanita, que se sentía medio moribunda, prendía a su niña a su flácido pecho. Hasta que finalmente Juanita murió. Desde ese día, Juanita pululó como una condenada. Cada tarde, cada noche bien entrada, lloraba, buscando a su niña:

—¡Ay, hijita! ¿dónde estás? ¡Ay... hijita! Vente conmigo. ¡Ay... hijita! No puedo irme sin ti...

Un año deambuló, asustando a todo el pueblo. Nadie quería salir ni andar por las calles en medio de la noche. ¿Quién querría reunirse con Juanita, bañarse en su sangre y morir? ¡Pues se notaba que era un alma muy poderosa!

Wawita wata q'episitu amartelowan wañorqapun. Chaypachamanta pacha, Juanita manaña waqaqchu. Wawitanta ladunman panpakunku. Tata curataq q'ala llaqtata bendecin. Juanita samarin tukuy pachaman.

Hasta que un día, su hija, envuelta, murió de amartelo.¹ Desde ese entonces, Juanita no llora más. Y a la niña la enterraron junto a su madre. Durante el sepulcro, el cura bendijo a todo el pueblo. Juanita ahora descansa por toda la eternidad.

¹ Amartelo: en castellano regional, enfermedad o decaimiento físico y anímico de una persona, generalmente un niño, a causa de la ausencia de alguien querido o por la nostalgia del lugar donde ha nacido o crecido. Se usa también en quechua.

Onqokuna

Sonia Alcócer

Noqa imillita, k'ancha pollerita, pinkispa pinkispa, tukuy p'unchaypi kusionqa. Uk paqarin, llikcharini q'ala qoñi. Ni chakisniyta ni makisniyta hoqariy atinichu. Q'ala ukhituypi, waqarikuspa payayta waqyakuni.

—iPayay...! iPayay...!

—¿Imacha kanyawan?

—Mana hatarikuy atinichu. iYanapaway!

Payita chimpaykamuwas¹ niwan:

—Wawitay... Q'ala qoñi kankeqa. Q'ala ukhituyki timpusan. Manachus ka chiri chiri horqoykiyman, wañupuwaq, wawitay... Kunitan hampikusqayki. Ñañaykita waqyasaq, wawitay... “iHumbertito! Hamuy, waway. Ñañitaykita hampisun. Cristal vasituta apamuy. Apamuy fuentecitata. Kunan, wawitay, kaypi isp'ay. Isp'anki, acelguitata apamuy”. —Chaymanta, noqapaq—: Kay vasitumant' uk chikitanta uqyaykuchisun.

Noqataq q'ala mancharisqa qawasani.

—¿Imaynataqa millayta kayllata uqyakuymanri?

Waqarikuspa, nini payayta:

¹ Chimpay + sufijo cochabambino -kamu: Combinación de -ku + -mu. (cfr. sufijo cislocativo -mu-).

Enfermedades

Sonia Alcócer

Era yo una niña, de falda esplendorosa, saltarina, bulliciosa, de alegría inacabable. Una mañana, desperté calenturienta. No podía levantar ni pies ni manos. Todo mi cuerpo me dolía. Llorando llamé a mi abuela.

—¡Abuela..! ¡Abuela..!

—¿Qué cosita te anda pasando?

—No puedo moverme. Ayúdame...

Mi abuelita se me acercó y me dijo:

—Mi chiquita... Estás toda calenturienta. Tu cuerpito está que hierve. Si no se te van estos calofríos te me vas a morir, chiquita... Ya mismo te voy a curar. Voy a llamar a tu hermanito, chiquita. ¡Humbertito! Ven, mi niño. Ven a curar a tu hermanita. Trae un vasito de cristal. Tráeme una fuente. Ahora, querido, orina aquí. Después, traeme acelga —y dirigiéndose a mí—: De este vasito te voy a hacer beber.

Yo miraba muerta de miedo.

—¿Y cómo que voy a tomar esa cosa asquerosa?

Me puse a llorar, y le dije a mi abuela:

—Mana uqyakusaqchu. Mana, mana, mana uqyasaqchu. Mana, mana.
Maqawaypis, mana uqyasaqchu, payitay.

Paya miski simi, chimpaykamuwaspa muchaykuwan. Nigriymin
niwan:

—Wawitay, ch'anta willarisqayki imaynatachus onqoykuna esquina
wasipi tinkuspa parlarikunku.

Cristal vasitut apispa, isp'ayta limonniyoqta uqyakuchiwan. Acelgas
isp'aypi chullusarqanku. Noqataq astawan chirichiriwan larwarisani.
Apas, acelgata, isp'aywan horqospa paqraypi churaykuwan.
Yuraq trapituwan q'ala umayta mayt'uykuwan. Uknin acelguitasta
churaykuwan wayllak'u uraman.

Haytanaman ch'ukuykuspa² qallarisa niwan:

—Kunan, wawita, onqoy lloksinña.

“Esquina wasapi suyasarqanku uknin onqoykuna. Chaypitaq
parlarikunku.

“—¿Imaynatataq ruwasunku qamta? —tapurin ch'oqho
gastroenteritista.

“—Noqatá sumaqta munakuwanku. Miski medicamentosta qowanku.
Mikunita q'ala khullpitu, miski gelatinitata qowanku. Mana
ripusaqchu. Qeparikullasaqraq —gastroenteritis parlarqa.

“Qhoña chayman cucharata satykun, y nin:

² Ch'ukuy: sentarse. Sinónimo de tiyakuy, en quechua cochabambino.

—No me lo tomo nada. No, no y no lo voy a tomar. No y no.
Ni que me pegues lo voy a tomar, abuelita.

Ella, con voz dulce, se me acercó y me dio un beso. Entonces me habló al oído:

—Chiquita. Voy a contarte cómo conversan las enfermedades cuando se encuentran en la esquina de casa.

Mientras hablaba, tomó el vasito de cristal y me hizo beber la orina con limón. Luego, remojó la acelga con orina. Mientras, yo sentía calofríos en todo mi cuerpo hervido. Ella, tomando la acelga remojada en orina, me la apoyó en la frente. Con un trapito me envolvió toda la cabeza. Las demás hojas de acelga, me las puso bajo las axilas.

Se sentó al pie de la cama y me dijo:

—Ahora, niñita, la enfermedad ya se marchará.

“En la esquina de la casa, la están esperando las demás enfermedades. Allí, así conversaban ellas:

“—¿Cómo te trataron a ti? —le pregunta la tos a la gastroenteritis.

“—A mí me trataron muy bien. Me dieron medicamentos dulces. Comidita bien pisadita, gelatinita dulce me dieron. De ahí no me voy. Por un tiempo me seguiré quedando —decía la gastroenteritis.

“El resfriado allí metió la cuchara, y dijo.

“—iUy! iCarajo! Noqami ancha sumaq kasaneqa. Manasiña ripusaqraqchu. Anchata munakuwanku. Yuraq pañuelituswan t’alliwanku, Mentisanwan churawanku, vaporcituwán qoñichiwanku. Ancha kusiona kani. ¿Qamri, ch’oqho? ¿Imayna kanki?

“—iAy...! Noqa ripuniña. iSupay! Mana chay wasiman kutiymanchu. Q’ala millay runas kanku. Manaraq sumaqta posesionaykukunichu, mh.... Amapis creewaykicheqchu... Isp’ayta uqyaykuchiwanku. Chaypis pisi kanman, q’alatachari isp’aywan bañaykuwanku... iMillayta! iPawamuni, ari! Willarisaykicheq mana chay kuchi wasiman rinaykicheqman”.

“—¡Uy! ¡Caray! Yo también la estoy pasando de lo lindo. Creo que todavía no me largaré de allí. Me miman mucho. Me suenan con pañuelitos, me ponen Mentisán, me echan vaporcitos para darme calor. Estoy muy contento. ¿Y tú, tos? ¿Cómo estás?

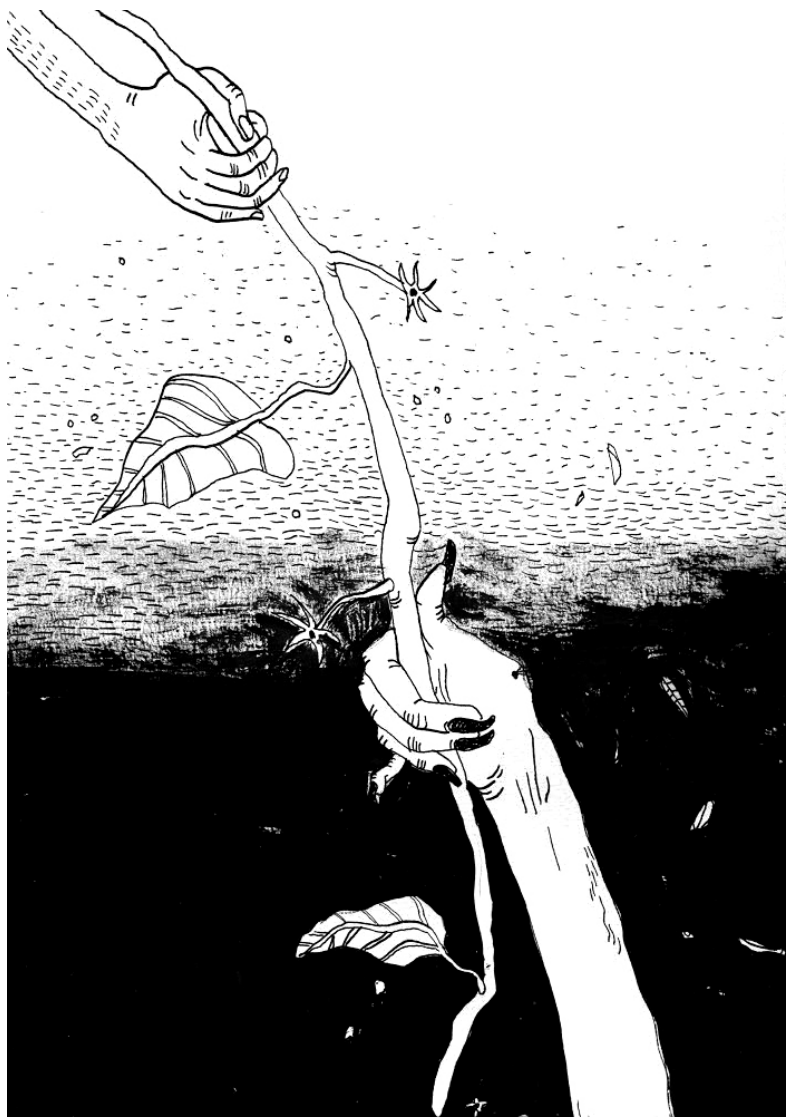
“—¡Ay...! Yo ya me largo de ahí. ¡Qué diablo! No me he de quedar en esa casa. Son todos unas gentes repugnantes. Apenas tomé posesión, mm... Aunque no me lo crean... ¡Me hicieron beber orina! Y por si eso fuera poco, enterita me bañaron en orina. ¡Un asco! ¡Yo me voy volando, pues! Les cuento para que no vayan a esa casa de cochinos”.

San Antonioqpata* maman

| La mamá de San Antonio

Sonia Alcócer

* Nótese el uso del sufijo -pata como reforzativo del posesivo.



Uk p'acha karqa hatun warmi San Antonioq maman. Payqa ancha saqra karqa, mana ni pitaq yanapareqchu, q'ala saqra sonqo. Mikunatapis q'ala pierdechispa wiqchoq, mana ni pipaq qoreqchu. San Antonio mamanta neq:

—Mamitay, perdechinkitaq. Mikunata qoqonayki runasman.

Mamantaq q'ala piñaq neq:

—¿Imarayku qoyman kay qellasman, llamk'amuchunku, a.

Saqra kaynin mana tukukoqchu. Verdurasta pierdechispa hallp'aman hichaq. Hina yana alma kaspá wañupusqa.

Chay saqra kasqanrayku, cheqanta infiernoman ripusqa.

Tukuy wawahina, Dios Tatitaman mamanmanta San Antonio mañaporqa.

—Señor. Ama mamitay chay infiernopi qepakuchunchu lawrarispa. Noqaraykullapis... ¿hamunmanchu hanaq pachapi?

Diustaq nin:

—Mana, waway. Qamchus hallpaman urq'aspa,¹ tariwaay uk runallatapis yanapasqanta, mamayki kaypataman hamonqa.

¹ Cfr. uraykuy en otras variedades.

Cuenta la historia que la mamá de San Antonio era una mujer muy inmensa. Era una persona muy vil, que no ayudaba a sus prójimos, de un corazón ruin. Su comida se le echaba a perder, pues a nadie le daba. San Antonio, solía decirle a su madre:

—Mamita, se ha de perder esa comida. Debes dar a las personas.

Su madre, toda enojada, le solía responder:

—¿Por qué habría de darles a esos holgazanes? Que se pongan a trabajar, pues.

Su maldad no tenía límites. Las verduras pasadas las botaba a la tierra. Así, con su alma negra, terminó muriendo.

Por su maldad, fue a parar derecho al infierno.

San Antonio intentó interceder con su madre ante Dios, como hacía con todos sus hijos.

—Señor. Que mi madre no acabe ardiendo allí en el Infierno. Aunque sea por mí... ¿no la harías venir al cielo?

Y Dios le respondió:

—No, hijo. Si descendes a la Tierra y me encuentras a una sola persona a quien tu madre haya ayudado, pues ella ascenderá al cielo.

San Antonio hurayk'amuspa maskhan pillatapis ninanta "Mamayki yanapawarqa". Ni ukta tarinchu.

Chayllaman rikurin uk warmi. Cha warmeqa cosechakoq tomatesta. Paytaq agradecekoq:

—Dius Tatituy, ¿pichus kayta tarporqa? Dius yanapachun.

Chayta San Antonio uyarispa, nin:

—iChayqa tariniña, Dius Tatitu!

Chaymantataq Dius Tata nin:

—Apamuy uk kaspi tomateta; chaywantaq mamaykita horqonki infiernomanta.

San Antonio nin:

—Mamitay, hamuy. Kay kaspimanta apikuy; ihorqosqayki!

Mamantaq nin:

—Chayqa kunanqa waway horqowanqa.

Infiernopitaq achqa runas waqasarqanku ayrun ayrunta.

Maman kaspimanta hapikun. Chaymanta waq² almas paymanta ch'ipakunku,³ lloksiy munaspa. Paytaq mana escarmientaspa, tukuyta hincharaspa⁴ neq:

² Waq = otros/as.

³ Chip'ay = aferrarse.

⁴ Hinchay = Golpear con el anverso de la mano.

San Antonio descendió a la Tierra a buscar a alguien que le dijera que su madre lo había ayudado. No fue fácil encontrar a alguien.

En eso, se le apareció una mujer, que cultivaba tomates y que iba agradeciendo en voz alta:

—Diosito, ¿quién habrá sembrado esto? Que Dios la ayude.

Al oír esto, San Antonio exclamó:

—¡La encontré, mi Dios!

Entonces, Dios le dijo:

—Trae una rama del tomatero; con ella sacarás a tu madre del infierno.

Entonces, San Antonio asomándose abajo, llamó a su madre:

—Mamita, ven. Tómate de esta rama... ¡te sacaré de allí!

Y su madre reflexionó:

—Ahora mi hijo me sacará de aquí.

En el Infierno había muchas almas llorando, a duras penas andando. La madre de San Antonio se aferró a la rama. Pero otras almas intentaron agarrarse de ella, para salir del Infierno. Entonces ella, que no escarmentaba, los abofeteó a todos, y dijo:

—Wawaytaq noqallata horqowanqa iQachariwaycheq, lloksiycheq!

Ch'urkirakuspa,⁵ ancha sinchi kuyuspa, k'aspi p'akirparikun; astawan ukuman chinkan, manaña ni maykaq lloksinanpaq.

Chaymanta, Dios Tatitu nin San Antoniota:

—Waway: qam mamitaykita yanapay munarqanki. Pay kikin yana almayoqpuni. Sonqon ni un chiquitanta mana llimpuchakunchu.⁶

⁵ Churkiy = moverse para zafarse de algo.

⁶ Llimpuy = limpiar.

—Mi hijo solo a mí me sacará ibájense, márchense de aquí!

Tan fuerte se contoneaba, intentando zafarse, que la rama se quebró; perdiéndose en la hondonada, hasta que ya nadie pudo salir de allí.

Entonces, Dios le dijo a San Antonio:

—Hijo: tú has querido salvar a tu madre. Ella, igual ciertamente tiene el alma oscura. Su corazón no se ha limpiado en lo más mínimo.

Pampaku

Sonia Alcócer

Wataqmanta hatun p'unchay chayamun: kuska wayritawan q'ala pampa tarpusqata t'ikitasta q'ewikachan.¹ Kunanqa hoqarinanku tiyan q'ala tarpusqata. Karumanta hamusankuña warmis, qarís, imillitas, lloqalitus² saltaykachaspa kusişqas yachankuña hoqarinanku tiyan papitasta, oqasta, habasta.

Runas qallarinkuña pampa thawita,³ achakanaswan pampapi waikota ruwanku. Chay ukipitaq llant'awan ninata ruwanku. Chaypitaq k'ananarinku⁴ rumista. Chaykamataq horqosankuña hallp'amanta yuraq papitasta, yana, puka, miskisitus; q'ellu oqetasta; chaymanta k'ichinku⁵ habitasta. Chaymanta hatun runa apamun aych'ata: waquitapis, llamitapis, corderitupis kanman. Sumaq kachinchasqa, uchunchasqa, y mayt'orqonku⁶ trapituspi. Chaymantataq waykota q'achituta churakunku qoñis rumista perqetashina. Chay ukhuman churaykunku papitasta, patanman, aychata, chant'a oqasta, habasta. Patanman, qoñi hatun rumita. Ch'antaq pampakunku hallp'awan.

¹ q'ewikachay: ondear.

² llokalu: muchachito.

³ thawiy: escarbar, cavar.

⁴ k'ananariy: empezar a incandescer.

⁵ K'ichiy: cosechar sacando de las ramas.

⁶ mayt'uy: envolver.

El pampaku

Sonia Alcócer

Ha llegado el día más importante del año: el vientecito se amontona y hace ondear todos los sembrados y las flores. Ahora, hay que cosechar todo lo sembrado. De lejos, ya se acercan las mujeres, los hombres. Las niñas y los niños, saltando alegres, ya saben que hay que cosechar las papas, las oqas, las habas.

Ya empiezan los hombres a cavar el suelo con sus cinceles, para hacer un hoyo. Allí dentro ponen leña y hacen un fuego, que hace poner incandescentes a las piedras. Hasta allí han estado levantando de la tierra papas blancas, negras, rojas, dulces; oqas amarillas. Allí han cosechado las habas. Luego, los hombres mayores traen la carne, que puede ser de vaca, llama o cordero. Todo con sal y condimento y envuelto en trapos. Entonces, bien alrededor del agujero ponen piedras calientes, como formando una pared. Adentro ponen las papitas, y arriba, la carne; luego, las oqas y las habas. Arriba, una piedra grande caliente. Al final, cubren todo con tierra.

Uk horapi chayan: chaykamataq q'ala tarpuyta hoqariy tukunku.
Mikuna hora chamunña, tukuy saykusqas. Kicharinku pampakutaqa.
Warmis apanku hayitasta, p'asata. Mikuna miski q'aparirisan.⁷
Astawan hatun warmi t'uru⁸ platupi churaykun q'ala mikunitata;
wamaq platituta Pachamaman haywaykunku pachispa, chayhina
hatun tarpunata qosqanrayku.

Chaymanta q'alititun runas mikuy qallarinku. Ch'allarispa hallp'ata
aqawan, ukkunaspı alcoholwan. iHallalla hallp'itancheqta,
Pachamama! iAma ni haykaq saqewaykuchu!

⁷ q'apariy: oler bien.

⁸ t'uru: barro.

Pasa una hora: en ese tiempo, han terminado toda la cosecha. Llega la hora de la comida, todos ya cansados. Abren entonces el pampaku. Las mujeres traen el picante y la p'asa, que es como una tierra blanca, donde se sopan las papas. Huele muy dulce. La mayor de las mujeres pone toda la comidita en un plato de barro; el primer plato lo ofrendan a la Pachamama en agradecimiento por tan grande sembradío que les entregó.

Finalmente, todos los hombres empiezan a comer. Challan la tierra con chicha, en algunos casos con alcohol. ¡Viva nuestra tierra! ¡Pachamama, nunca nos abandones!

Lucía chayan Huanunikama

| Lucía llega a Huanuni

Sonia Alcócer



Uk p'unchay, paqarinpi, Lucía ancha kuisqa hatun colectivupi kutisan wataqmanta maypichus hatun p'unchays, yana tutas, payqa kawsarqa. Uk kutis asirispá, waq kutis sonqo nanayta waqarispa, wataqmanta chayasanña Huanuniman.

Sonqonpi ñañasninta yuyarispa, chayanña; hurqaspa ligerituta ligerituta mayuman rin. Bolsitasninpi apasarqa Arque¹ t'anta, leche en polvota, q'omer kokitantawan. Pinkirispá chayan "puente colgante" nisqaman. Chaymantataq qaparín:

—iDoña Macedonia! iDoña Estela! iDoña Vicky! ¿Maypi kankicheq?
iQawariycheq pitaq kutimun! iNoqa, noqa! iLucía kani!

Kopajira yakupi, yana ch'in.² Lucíaq sonqonta karpatitirichin.³

Sipas warmicita sonqon q'ala nanasqa, chayhina llullaswan pisi sonqo qari, wawitayoc uk wata soqta killa kawsayoc saquesqanta; pay ripun Huanuniman, maypichus bachillerato tukunanpaq; chayllapi atinman karqa tukuchiyta. Chayaytawankama⁴ sapitan colegioman rin qellqacoq. Q'ala kuisqa, suk killachay p'unchay paqarinta yachay-wasiman kutin; wawitan sapita qepacoq puñuspa.

¹ Arque: provincia situada en la zona central de Cochabamba.

² Silencio.

³ Estremecer.

⁴ Nótese la aglutinación, nada usual, de dos sufijos de caso: wan-kama. El sentido, además, se desvía de la norma en otras variedades, en el que kama tiene un significado terminativo.

Un día, a la mañana, Lucía regresa en flota al lugar de los bellos días y noches negras donde antaño vivió. Ya riendo, ya llorando a corazón partido, llega de regreso a Huanuni.

En su corazón, recuerda los caminos y pronto llega; baja por ellos y muy ligerito va hacia el río. En su bolsita, traía pan de Arque, leche en polvo, y hojitas verdes de coca. A los saltos llega al así llamado “puente colgante”. Enseguida, grita.

—¡Doña Macedonia! ¡Doña Estela! ¡Doña Vicky! ¿Dónde están?
¡Miren quién ha regresado! ¡Yo, soy yo! ¡Soy Lucía!

En el agua de la copajira,¹ reina un negro silencio. A Lucía se le estremece el corazón.

El alma entera se le resquebrajó. Pues allí había llegado por primera vez luego de que, con mentiras, en otra aldea, un hombre falto de corazón, la había dejado con un bebé de un año y ocho meses. Se había ido a Huanuni a terminar su bachillerato, donde podría estudiar en paz.

Aquella vez, en cuanto llegó, fue al colegio a inscribirse. Muy alegre, al cabo de un mes, poco más, poco menos, volvió a comenzar sus estudios; su bebito se quedaba solito durmiendo en casa.

¹ Copajira: en Bolivia, agua acidulada del interior de una mina o excavación o proveniente de los relaves, que contiene sulfato de cobre, hierro o cinc.

Paytaq sapa paqarin mikunitata saqeq wawitapaq; ripoq colegionman; chawpi paqarina perqata wasaykoq; wawitanta qawarimoq: uk kutis, wawitá puñukoq, mana llikchareqchu; uk kutistaq waqaspa punku wasapi suyaq wawitaqa; manaraq cheqa puriy yachaqchu; la'aykachaspa sapitan waqaspa mamitanta waqyaq. Pay chayaspa, uk kutis, manaña colegioman kutiqchu.

Chay hinaspí, uk paqarin pisqa horas Santa Elenapi sirenas waqayta qallarín. Tukuy pueblo q'álitun llikcharikun mancharisqas, mana yachaspa imachus kasqanta. Chay ratu, Radio Nacional de Huanuni nisqata hap'ichin,⁵ yachananpaq imachus kasqanta. Chaypé q'ala mancharisqa, correspa wawitanta hap'in; chayllaman uyarikun "iPun! iPun!".

Locutor, qaparíspa, nin:

—*iPakakuycheq, hermanos mineros! Militares yaykumusanku. Q'alataña muyuykuwancheq.*

Chaypi astawan uyarikun balas, dinamitazos, y locutor nin:

—*Lloqsinancheq tiyan. Mana saquesunmanchu ß yaykumoqta militaresta. Compañeras, compañeros: lloqsina; wañuna kaptin, wañuna. Mana yaykumunankuchu tiyan. Warmista, wawasta, waqachenqanku.*

Chaymantaq, sirenas waqanku astawan sinchita. Wataqmanta,⁷ locutor nin:

⁵ hap'ichiy: encender.

⁶ Mana saquesunmanchu: no podemos dejar.

⁷ Wataqmanta: de nuevo.

Todas las mañanas le dejaba comidita y se iba al colegio. A media mañana, salía trepando una pared para ir a verlo: a veces él esta estaba durmiendo y ni siquiera despertaba; otras, la esperaba llorando junto a la puerta. Aún no sabía caminar, así que iba gateando a la puerta a llamar a su mamá. A veces, después de ir a su casa, Lucía ya no volvía al colegio.

En esa época, una madrugada, a las cinco, habían sonado las sirenas de la mina Santa Elena. El pueblo entero se despertó asustado, sin saber de qué se trataba. Al rato, Lucía sintonizó la así llamada Radio Nacional de Huanuni para saber qué estaba sucediendo. Sobrecogida por el miedo, corrió a agarrar a su niño, y de inmediato oyó “¡Pun! ¡Pan!”.

El locutor, a los gritos, decía:

—¡A resguardo, hermanos mineros! Están entrando los militares. Nos rodean por completo.

Más balazos se oyeron, y dijo el locutor.

—Ahora debemos salir. No podemos dejar que los militares ingresen. Compañeras, compañeros: hay que salir; si nos han de asesinar, que nos maten. No tienen que entrar. Que se queden en casa las mujeres y los niños.

Y apenas terminó de hablar, las sirenas ulularon con más fuerza. De nuevo, el locutor dijo.

—*Q'alataña yaykuyk'amunku. Lloqsina mina ukupi pakak'amunancheq tiyan.*

Chayllaman radio ch'inyarparin. Tukuy ninku mana ni imas ruway atispa. Punchayk'amun, runas qaparispa purinku.

—iPlaya Verdeman chayankuña soldadituslla! Trancapi wañusqas kanña. iMakanakunku militares y mineros!

Chayllaman uyarikun ambulancias waqarispa, heridusta maskhaq rin trancaman. Tukuy lloqsinku, Luciapis wawitaan, plazapi, q'ala warmiswan tantasqas. Paykuna ninku:

—iHaku,⁸ yanapanancheq tiyan masisnicheqta!

Tukuy warmis risarqanku; chayllaman Lucíaq yanasun, wawitawan waqasparin, nin:

—¿Imaynatataq qam req rinki? ¿Wawaykita pi hap'enqa? Manachu. ¿Sonqoyki nanan? Imapis kanman.⁹ Wawitaykitata noqa mana cuidasaqchu. Wasiman kutin. Manaraq chayaspa tinkun yachachina masinwan; pay nin waqaspa:

—Wañuchinku masisnicheqta. iWañuchinku!

Lucía mana sumaq uyarispa, wasinman yaykun. Chayllaman militares yaykuyk'amunku. Wawitanrayku pakakunan karqa.

⁸ Haku: *cfr.* Akuychis en quichua santiagueño.

⁹ Imapis kanman: cualquier cosa podría pasar.

—*Nos está entrando la tropa entera. Tenemos que salir y atrincherarnos en la mina.*

Y en ese instante se silenció la radio. Todos dijeron que ya nada se podría hacer. Amanecía y las personas andaban a los gritos.

—¡Ya llegan a Playa Verde los soldaditos! Ya hay muertos en la tranca. Están luchando militares y mineros.

Allí se oyen las sirenas de las ambulancias, que van a la tranca a buscar heridos. Todos salen a la plaza, incluida Lucía y su bebé, donde estaban reunidas todas las mujeres. En la reunión, así hablaban las mujeres.

—¡Vamos! ¡Tenemos que ayudar a nuestros compañeros!

Todas las mujeres estaban yendo; en eso, una amiga de Lucía, al ver que su bebito comenzaba a llorar, le dijo:

—¿Cómo que vas a ir? ¿Quién se hará cargo de tu bebé? Pues no. ¿No te duele el corazón? Cualquiera cosa podría pasar. Yo no podré cuidar a tu bebito. Quédate en casa.

Antes de llegar a su casa, Lucía se encontró a un compañero del bachillerato, quien llorando le dijo:

—Acaban de matar a un compañero. ¡Lo acribillaron!

Lucía, aturdida, no escuchó bien, y se metió en la casa. En eso, los militares seguían entrando al pueblo. Debía mantenerse a resguardo, por bien de su hijo.

Casi chisiyayninman, wataqmanta masin wasinman rispa nin:

—Álvaro y Luque, iskaynin masisnincheq wañunku.

Lucía tapun:

—¿Imayna wañunku? ¿Lloqsinkuchu?

Pay nin:

—Mana; ni punkumanpis lloqsinkuchu. Ukninta camapi puñukusaqtin, bala umanpi hap'in. Uknintataq ventanamanta qawasaspa, sonqonman bala yaykun.

Lucía q'ala llakisqa qaparispa waqan: hinapi askha mineros wañunku. Waqkuna mina ukupi pakakunku. Kimsa, tawa punchaymanta cerrosta wasaykuspa llusp'inku.¹⁰

Chaypitaq radiuta ch'inyachinku; manaña astawan tiksí muyuwan uyaríwasqaykuchu. Q'ala militares yaykuyk'amunku, dirigentes wasisninkuman, punkusninkuta hayt'aspa waqkunata horqomunku; waqkunastaq ayqenku.

Chaypé qallarin q'ala nanay "toque de queda" nisqawan; tukuyininkunata wasisninkuna ukupi wisq'apukurqanku. Chaypitaq yarqay tukuy wawistata, warmistata waqacheq; mineros manaña llamkankuchu. Warmis, atispa, mana atispa mayuman rinku llamkaq. Suticheq kanku "palliris". Suysunaspi,¹¹ mineralta horqoq kanku

¹⁰ llusp'í: escapar.

¹¹ Suysuy: cernir.

Ya casi al atardecer, de nuevo un compañero llegó a su casa y le dijo:

—Nuestros dos compañeros, Álvaro y Luque, han muerto.

Lucía le preguntó:

—¿Cómo que han muerto? ¿Habían salido?

Y él respondió:

—No, ni a la puerta habían salido. A uno de ellos le dio una bala en la cabeza, cuando estaba durmiendo en su cama. Al otro, le entró una bala al corazón mientras se asomaba por la ventana.

Muerta de pena, Lucía se echó a llorar.

Así murieron muchos mineros. Otros, seguían resguardados en el interior de la mina. Después de tres o cuatro días huyeron trepando los cerros.

Nuevamente se apagó la radio; ya no se oía nada en todo el mundo. Los militares, por doquier, entraban en las casas de los dirigentes, cuyas puertas volteaban a patadas para sacarlos a rastras. Algunos dirigentes lograron escapar.

Entonces, comenzó el dolor de todo el pueblo con el llamado toque de queda: todos se encerraron en sus casas. Los mineros ya no podían trabajar. Todos los niños empezaron a pasar hambre, lo cual tenía a las mujeres envueltas en llanto. Entonces, todas las mujeres, pudieran o no, salieron al río a trabajar. Se las llamaba “palliris”. En cernidores, extraían

kopajiramanta. Sonqo nanayta chiriypi, wayrapi, qasapi, q'ala chakisnin, makisnin cheqtarakoq.¹²

Chaypi Lucía reqsinakun Doña Vicky, Doña Macika y Gumersinda. Chay kimsa warmi Luciata yachachinku yana qorita¹³ horqoyta mayumanta. Ancha sinchi llamkay karqa mineralta horqona. Paykuna q'alititu horqosqankuta ranqeaq¹⁴ kanku waq runasman apanankupaq Oruruman.

Ancha uk chiquititawnta ganarikoq kanku. Luciataqri chunpista siraspa chayman huntachispa cuerponman may'tukuspa¹⁵ horqoq ñannesta apaq.

Q'ala mancharispa Playa Verde trancapi sipureq.¹⁶ Tukuy kutis, sumaqta chayaq Oruruman.

—iKaypi tiyani, Lucía!

—¿Doña Vicky? —payta tapurin Lucía.

Paytaq nin:

—¿Lucía?

—iAri!

¹² cheqtay: agrietarse.

¹³ yana qori, literalmente, oro negro. Aquí, estaño. Huanuni es la capital del estaño boliviano.

¹⁴ ranqeaq: vender al por menor (Chochabamba).

¹⁵ may'tay: envolver.

¹⁶ sipuriy: asustarse.

el mineral de la copajira. Tenían el alma aterida por el frío, el viento, la helada; los pies y las manos, totalmente agrietados.

Fue allí que Lucía conoció a doña Vicky, Doña Macika y Gumersinda. Estas tres mujeres le enseñaron a Lucía a extraer el estaño del río. El trabajo de extraer el mineral era muy duro. Todo lo que sacaban lo menudeaban a otras personas, que lo llevaban a Oruro.

Muy poquito era lo que ganaban. Y Lucía cosía unas fajas, con las que envolvía su cuerpo, y que llenaba de mineral, que luego, ella también, llevaba por los caminos.

Solía ir a los sustos, muerta de miedo, por la tranca de Playa Verde. Pero siempre llegaba sana y salva a Oruro.

—¡Aquí estoy, soy Lucía!

—¿Doña Vicky? —le preguntó Lucía.

Y la señora le respondió:

—¿Lucía?

—¡Sí!

Isqayninku mathi¹⁷ marqanakunku. Waqaspa, Vickicita willan ancha nanaywan:

—iMacika wañukun, Lucita! Llakiyta, wañupun. Yaku apak'apun.¹⁸

—iAh! ¿Gumiri?

—Payqa Cochabambaman ripun wawitasninwan.

Isqayninku waqarikunku. Vickycita nin:

—Kunan qamri, ¿imata ruasanki kaypi?

—Noqa kutimuni qamkunata qawareq. Kaypi apamuni tantitata, aychitata, lullitusta.¹⁹ ¿Kunanri maypi tiyakusanki Vickycita?

—Kay laduman hamp'uni,²⁰ wawitay. Mayuman manaña rinichu. Verduritasta vendekusani. Kayllapiñacha wañusaq, wawitay. ¿Qamri?

—Kunan hamuni uk paqarinkama ninaypaq. Waq killasmanta kutimusaq.

—¿Mayman ripunki? —Vicky tapun.

—La Paz laduman ripusani —Lucía nin—. Chaypi llamkasaq y hatun yachaywasiman risaq. Chaymantataq wawaitayta yachachisaq.

¹⁷ mathi: fuerte.

¹⁸ apakay: llevar ver -k'apuy.

¹⁹ lulu: pancito enroscadito.

²⁰ ham'puni: me he venido <- hamuy.

Las dos se fundieron en un abrazo interminable. Entre lágrimas, Vickicita le cuenta, apesadumbrada:

—¡Macika ha muerto, Luciíta! Qué pena, se ha muerto. Se la ha llevado el agua.

—¡Ah! ¿Y Gumi?

—Ella se ha vuelto a Cochabamba con sus hijos.

Las dos juntas se unieron en un llanto. Vickycita le dijo:

—Ahora cuéntame de ti, ¿qué haces por aquí?

—He regresado a verlas. Les traigo panes, carnecita, rosquitas. ¿Y ahora dónde estás viviendo, Vickycita?

—Me he venido a este lado, hijita. Ya no vengo al río. Vendo verduritas. Aquicito he de morir, mi niña. ¿Y tú?

—He vuelto pero solo para decirte hasta pronto. Regresaré dentro de algunos meses.

—¿Y adónde te irás? —le pregunta Vicky.

—Me estoy yendo hacia La Paz —le dijo Lucía—. Allí trabajaré e iré a la universidad. Así le daré un buen ejemplo a mi hijo.

—Chay p'unchay, iskayninku khuska mikhunku hatun charkekanta,²¹ patanmantaq akchatata.²² Chanta, waqarikuspa, marqanakunku makhita.²³ Chaypitaq, Víquicita qepakun waqaspa, y nin:

—Manañacha²⁴ ni maykaq²⁵ rikusqaykichu, wawitay. Dius Tatita marqasonqa. Sapa p'unchay, qampaq mañasaq yanapanasunta.²⁶ Ancha munakuyki imillita.

Lucía waqarikuspa nin:

—Noqapis ancha munakuyki Vickicita. Kutimusaq. Mana ni maykaq qonqasqaykichu. Mamitay hina kanki.

Chayllaman micro rikurimun. Lucía ripun, qala sonqon nanasqa, pero umanpi karqa waq hallpa. Payqa ripusarqa Yachay wasiman, astawn hatun kananpaq wawitanwan.

²¹ charkekan: plato hecho de charqui con maíz, papa, huevo.

²² akcha: chicha de maíz.

²³ makhita: fuerte.

²⁴ la partícula "cha" en cochabambino es "seguro"

²⁵ maykaq: nunca.

²⁶ Véase la inversión entre na- y su- con respecto a otras variedades.

—Ese día, las dos juntas comieron un gran charque, acompañado de una chicha de maíz. Después, volvieron a estallar en lágrimas, y volvieron a darse un fuerte abrazo. Vicky, recomponiéndose, le dijo:

—De aquí no has de irte de algún modo, niña. Dios te tendrá en sus brazos. Todos los días, le he de pedir que te acompañe. Te quiero mucho, muchachita.

Lucía, sin dejar de sollozar, le respondió.

—Yo también te quiero mucho, Vickicita. Pero voy a volver. Nunca te voy a olvidar. Eres como una mamita para mí.

En eso, aparece la flota. Lucía se va, con el corazón partido, pero ya con otra tierra en su cabeza. Irá a la universidad, para seguir creciendo con su hijo.

